

La escritura de la historia: sistemas conceptuales, narrativa y referencialidad metafórica

En este capítulo final me interesa tratar el proceso metafórico desde el plano discursivo, esto es, desde uno de los polos definitorios del saber histórico. Si en este punto se trata de la esfera de las representaciones historiográficas es necesario delimitar un instrumental analítico pertinente. Me parece que la *semántica de la metáfora* tal y como la desarrolló Paul Ricoeur puede resultar oportuna en ese sentido, particularmente su definición de *referencialidad metafórica*. Tres aportes encuentro en su obra y que intentaré desarrollar como autodescripción de la escritura de la historia. Primero, la metáfora encuentra funcionalidad en el plano del texto en su conjunto, es decir, en el nivel superior a la frase. Segundo, esta funcionalidad opera de manera conjunta con la síntesis narrativa. La estructura narrativa, como la que encontramos en la escritura de la historia, da coherencia a un conjunto disperso de acontecimientos; en esto consiste su carácter sintético y en tal carácter tiene participación la metáfora entendida como proceso y no como simple figura de lenguaje.

El tercer aporte Ricoeur lo denomina fenómeno de innovación semántica y se encuentra relacionado con el poder de referencialidad de segundo grado que libera la metáfora. Es necesario, por tanto, presentar y justificar estos tres postulados básicos dado que, posteriormente, serán la base para un ejercicio de descripción del discurso historiográfico. Estos tres aportes explican, además, las razones por las cuales utilizo a Ricoeur y no a otro filósofo. De la misma manera que procedí en el capítulo anterior con la obra de Hans Blumenberg, en este apartado el esfuerzo consiste en extrapolar las propuestas de Ricoeur de tal modo que posibiliten una reflexión sobre la naturaleza discursiva del saber histórico. La filosofía reflexiva, objeto de las diversas aproximaciones de Paul Ricoeur, tiene en la metáfora uno de sus capítulos sobresalientes. Si se entiende la filosofía reflexiva como un intento por recuperar el problema de la autocomprensión, entonces la cuestión de la metáfora juega un papel nada desdeñable en una formulación más justa de la problemática ontológica.

En otras palabras, para Ricoeur la metáfora tiene pertinencia filosófica en el replanteamiento del problema del ser, tal y como lo apun-

té en el capítulo precedente, aunque esta sea una ontología tamizada por el ejercicio crítico de sus bases idealistas anteriores. La operación de extrapolación consiste, entonces, en aislar estos tres aportes, desvincularlos del marco filosófico de origen y medir su pertinencia para el fin que persigo, desde luego muy diferente al objetivo de Ricoeur. La idea central sobre la que trabajo está tomada de Michel de Certeau y puedo formularla de la siguiente: el discurso histórico presenta una estructura desdoblada por efecto de la naturaleza de los elementos que la componen, es decir, sistemas conceptuales y narrativa. Precisamente, el paso de los sistemas conceptuales a su expansión narrativa es permitido por el proceso metafórico. A esta cuestión es a donde me propongo conducir el ejercicio de extrapolación.

Por tanto, debo mostrar cómo se define el discurso historiográfico en términos de tal proceso y cómo opera desde el efecto sintético de la narrativa. La orientación central se dirige hacia el fenómeno de innovación semántica en el sentido de referencialidad metafórica. Estos tres elementos, y en eso consiste la parte final del capítulo, pueden ser ligados a la base disciplinaria de la historia, de tal modo que auto-descripción signifique mostrar de qué manera la escritura responde a criterios específicos que circulan en la matriz del saber histórico. Espero demostrar con ello que puede ser superada la distinción entre literatura y ciencia al nivel discursivo, cuando esta distinción ha guiado la discusión a lo largo de la segunda mitad del siglo XX. Y es posible la superación en el momento en que se hacen resaltar los contenidos cognitivos que introduce la metáfora en la esfera discursiva. Comencemos este trabajo, entonces, con las vinculaciones que se presentan entre metáfora y narrativa. Posteriormente me detengo en la discusión por medio de la cual Ricoeur define la semántica de la metáfora, para, finalmente, realizar el ejercicio de extrapolación aludido. Cabe aclarar que dejo como implícita la reflexión que realizó Ricoeur sobre el texto. Aunque resulta importante para su tratamiento de la metáfora y la narrativa, mi trabajo se desarrolla desde los aspectos particulares que involucran estas dos figuras. A lo largo del mismo, sin embargo, resalto referencias a la cuestión del texto que Ricoeur nos propone.

Metáfora y narración en el horizonte hermenéutico

La metáfora viva y Tiempo y narración son, según Ricoeur, textos gemelos. Ambos encuentran en la extensión o subsunción de la triada signos-símbolos-textos a la de textos-acción-historia los términos de su

complementariedad. Lo que anteriormente se presentaba como un punto de llegada, meta de desarrollo de la dialéctica distanciamiento-apropiación, se convierte desde este momento en el punto de partida de una variación reflexiva.¹ Pero esta situación no apunta a desalojar del panorama reflexivo de Ricoeur, incluso ya instalado en el ámbito discursivo, la intención ontológica que le ha servido de guía hasta el momento. Ahora bien, la vinculación señalada por el propio Ricoeur entre metáfora y narración se entiende en tanto ambas presentan el mismo fenómeno de *innovación semántica*. Además, ambas, metáfora y relato, encuentran en el texto su ubicación primordial por ser elementos pertenecientes al ámbito del discurso.

Con ello se señala un rasgo central en el tratamiento que Ricoeur les dedica: todo análisis respecto de las cualidades de la metáfora y de la naturaleza y función del relato debe partir del hecho de que el sentido que liberan, aunque sea por caminos diferentes, tiene que ver con la unidad de discurso. De ahí que les sean inherentes los atributos del texto, en particular, la cualidad interpretativa y la producción de sentido. No siendo equiparables la metáfora y la narración en un mismo plano, las funciones que cumplen en el ámbito discursivo suponen compartición de objetivos. Así, por un lado, si bien la metáfora ha sido tradicionalmente considerada, desde Aristóteles, como la transferencia de un nombre extraño de una cosa a otra en virtud de relaciones de semejanza, y perteneciente a la esfera del lenguaje figurado por ser un tropo, Ricoeur se orienta hacia su reformulación. Primero, elevando la metáfora del nombre al plano de la oración y de ahí al discurso. Segundo, otorgándole atributos tales como la introducción de predicados incompatibles a sujetos lógicos en términos literales.

Como fenómeno de sentido la interpretación tiene aquí la tarea de reconstruir otra pertinencia semántica que se separa de lo literal, es decir, adquiere el estatuto de interpretación figurada. Por otro lado, el relato, en el sentido de una puesta en intriga, es decir, como invención de una trama, presenta también innovación semántica ya que sintetiza una serie de elementos heterogéneos, tales como fines, medios, circunstancias, etcétera, integrándolos en la “unidad temporal

¹ Luis Vergara, “Historia, tiempo y relato en Paul Ricoeur”, *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, año 2, n. 4, 1995, p. 211-244, p. 222. Véase también del mismo autor el siguiente trabajo: *La producción textual del pasado 1. Paul Ricoeur y su teoría de la historia anterior a La memoria, la historia, el olvido*, México, Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 2004, 271 p., en particular el capítulo 2 intitulado “El itinerario filosófico de Ricoeur anterior a *Tiempo y narración*”, p. 37-62.

de una acción total y completa”. Lo que acerca el relato a la metáfora es precisamente esta producción sintética (síntesis de lo heterogéneo).² La nueva pertinencia predicativa dada por la metáfora y la invención de una trama fingida que postula congruencia hacen surgir, en el lenguaje, lo nuevo, lo no dicho todavía.

Pertenecen, entonces, al trabajo de la creatividad, a la esfera “de la imaginación productora y del esquematismo que es su matriz inteligible”.³ Tradicionalmente se ha considerado que la narración no puede ser configuradora debido a su estructura episódica, lo que quiere decir que presenta un corte epistemológico que inhibe contenidos cognitivos, puesto que desde un marco temporal presenta los eventos narrados. En otras palabras, los juicios de valor que expresa la narrativa se oponen a los juicios sintéticos de las ciencias. Pero ya desde las contribuciones de la filosofía anglosajona se sabe que no existe contradicción entre ese marco temporal y la función sintética que es propia de la ciencia. La discusión que se desarrolló en esta tradición desde Hempel mismo ha terminado por ponderar los rasgos cognitivos que son propios del acto de narrar.⁴

Ricoeur, retomando estas contribuciones, afirma precisamente el carácter sintético que presenta la narración pero bajo una precisión importante. El acto configurante de la narración presenta similitudes con el *juicio reflexionante kantiano*,⁵ y esto se hace patente en el relato cuando posibilita un tipo de reflexión sobre los acontecimientos narrados. Se puede decir que el carácter episódico de la narrativa es elevado a un nivel sintético en el momento en el que logra incorporar los acontecimientos en una totalidad organizada y coherente que se orien-

² Paul Ricoeur, *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*, traducción de Agustín Neira, México, Siglo XXI, 1995, 371 p., p. 31.

³ Paul Ricoeur, *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*, 2a. edición, traducción de Pablo Corona, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, 380 p., p. 24.

⁴ Alfonso Mendiola Mejía, *Retórica, comunicación y realidad. La construcción retórica de las batallas en las crónicas de la conquista*, México, Universidad Iberoamericana, 2003, 431 p., p. 285.

⁵ El juicio reflexionante que Kant introdujo en su *Crítica de la facultad de juzgar* establece un cambio significativo con sus posturas previas, sobre todo respecto de la *Crítica de la razón pura*. A diferencia de los juicios sintéticos *a priori*, el reflexionante se formula en términos singulares, dado que no existen leyes universales que preexistan al caso; digamos que es un procedimiento inductivo frente al procedimiento deductivo del juicio sintético. Además se encuentra conectado a una propiedad teleológica por la cual reflexionamos gracias a que planteamos que una singularidad se explica desde la finalidad. Cfr. José Gómez Cafferena, “La *Crítica del juicio* a sólo dos años de la *Crítica de la razón práctica*”, en *En la cumbre del criticismo. Simposio sobre la Crítica del juicio de Kant*, edición de Roberto Rodríguez Aramayo y Gerard Vilar, Barcelona, México, Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana, 1992, 302 p., p. 13-27.

ta de manera teleológica. Pero si bien existe esta conexión con la filosofía kantiana, la narrativa ha revelado una situación que excede los marcos de la crítica del juicio en dos aspectos. Primero, el acto de narrar una historia exige una dimensión intersubjetiva que de ninguna manera está presente en la filosofía kantiana, y segundo, la conexión que tiende a establecer la narrativa con la historicidad inhabilita el marco reflexivo de la filosofía crítica.⁶

En los enunciados metafóricos se localiza, de igual manera que en la narrativa, el esquematismo y la imaginación productora que le dan el rango de función sintética. La nueva pertinencia semántica liberada por la metáfora muestra el trabajo de una imaginación que está en condiciones de crear sentido porque se encuentra determinada por normas o reglas, es decir, no puede ser arbitrario. La semejanza juega un papel central en el trabajo imaginativo ya que acerca términos alejados en una primera instancia (interpretación literal) que de pronto resultan próximos (interpretación metafórica). El cambio en la distancia lógica producido por la imaginación creadora consiste en una esquematización de la síntesis. ¿De qué manera? El evento figurativo que se desprende de la semejanza es propiamente la operación sintética ya que asimila predicados nuevos a términos usuales. El concepto clave en este punto es el de asimilación.

La metáfora opera una síntesis de elementos extraños entre sí, es decir, los asimila en una nueva predicación. Eso es la innovación semántica, cuyo efecto más notable consiste en la producción de “nuevas especies lógicas por asimilación predicativa”.⁷ La metáfora sintética, tratada en el capítulo anterior, expresa este proceso de asimilación predicativa: en ese caso tal proceso consistió en sintetizar la tematización aportada por la metafórica, aunque posteriormente esa síntesis se despliega hacia el campo semántico. En este despliegue se presenta el fenómeno de innovación tal y como lo caracteriza Ricoeur, y que he denominado el salto hacia adelante de la síntesis, hacia su tematización conceptual en el campo semántico. La innovación coincide, por tanto, con el despliegue de la síntesis por derivación analógica, mientras la síntesis es resultado, a su vez, de una derivación analógica producida desde la metafórica. Si bien ubiqué a la metáfora sintética al nivel de la operación científica de la historia y Ricoeur de-

⁶ Paul Ricoeur, *Historia y narratividad*, introducción de Ángel Gabilondo y Gabriel Aranzueque, traducción de Gabriel Aranzueque, Barcelona, Paidós, 1999, 230 p. (Pensamiento Contemporáneo, 56), p. 150.

⁷ Paul Ricoeur, *Tiempo y narración I*, *op. cit.*, p. 32.

limita el esquematismo de la síntesis en la esfera del discurso, la coincidencia habla de un papel similar en los dos planos. Destaco esta cuestión porque se conecta con el problema de la referencia metafórica, problema que abordaré más adelante.

Sólo quiero señalar que en él descansa algo central: la carga cognitiva de la metáfora. Tradicionalmente se ha considerado al lenguaje ambiguo como vehículo de expresión de valores, de ahí que no pueda ser tratado de la misma manera que el lenguaje científico que expresa hechos. La ambigüedad metafórica no acepta una predicación tal como los enunciados objetivos de la ciencia exigen: verdadero o falso. A la predicación metafórica no se le puede dictaminar como falsa o verdadera, dado que no se ajusta a los criterios que rigen a los enunciados de hecho. Es una predicación, más bien, emotiva, cargada de valoración moral, y por tanto no cognitiva. Esta distinción entre predicación metafórica y predicación científica se ha expresado en la diferenciación moderna que se establece entre lo *connotativo* (lo literario por excelencia) y lo *denotativo* (la ciencia). Pero con la introducción de la innovación semántica producida por el esquematismo sintético, Ricoeur introduce valor cognitivo a la predicación metafórica, es decir, presenta carácter denotativo. De la misma manera me esforcé por introducir esta distinción en la derivación analógica que se sigue de la metáfora sintética, puesto que tal derivación desarrolla de manera denotativa la tematización aportada por la metáfora.

Existen para Ricoeur, además, otras interconexiones importantes entre relato y metáfora. Una de ellas y que se desprende de la operación sintética de ambas se refiere a la inteligibilidad que exigen tanto la metáfora como la narración. En el caso de la metáfora, la interpretación que permite descubrir la nueva pertinencia semántica es accesible sólo a la inteligencia del oyente o del lector que se topa con la distancia lógica inaugurada por ella. Es él el que debe reconstruir de manera hermenéutica el sentido de una expresión en la que existe imposibilidad de interpretación literal. La nueva pertinencia semántica se convierte en factor de comprensión alumbrado por las reglas que intervienen en el proceso. Digamos que es el traslado metafórico hacia un sentido que supera la impertinencia lo propio de la interpretación. En el otro caso, el correlato de la invención de la trama se encuentra en la capacidad que se tiene para seguir una historia.

“En consecuencia, trátase de metáfora o de trama, explicar más es comprender mejor.”⁸ Comprender, en el primer caso, consiste en

⁸ *Ibid.*

producir o recuperar, no de manera anárquica, una nueva pertinencia semántica desde la distancia lógica que la separa de la pertinencia semántica de tipo literal y desde el dinamismo de la oración metafórica. Comprender en términos de la narración consiste en la capacidad de recuperar esa operación sintética que vincula o unifica en un curso de acción total y completa la diversidad y heterogeneidad propia del mundo de la acción real. Con ello Ricoeur nos está diciendo que es ya necesario recuperar la instancia de la explicación, anteriormente sólo susceptible de aplicación científica o semiológica, en correspondencia con el proceso de la comprensión, dado en el medio del lenguaje y su uso. Explicación y comprensión son instancias que se prestan a un trabajo de vinculación compleja que deja atrás la forma secular de su oposición.⁹

Pero la cuestión epistemológica que se deriva de la metáfora y de la narración tiene implicaciones de gran envergadura pues pone en entredicho la manera por la cual, desde el siglo XVIII, el mundo de lo científico y sus procedimientos ha sido presentado como opuesto al ámbito de la experiencia estética. La inteligencia poética de la que habla Ricoeur pone en primer plano que la explicación científica continúa, por medios conceptuales, lo que ya está aportado por esa comprensión previa (mundo de la vida). Me parece que no otra cosa se infiere de la recuperación que lleva a cabo Ricoeur de la poética, entendiéndola como instancia casi metateórica que permite seguir las modalidades de producción discursiva de la mimesis. Comprender, en el sentido de universalidad que adquiere la noción en la hermenéutica desde Gadamer, viene a definir una forma de saber propia de la praxis que, como tal, es precientífica, prefilosófica, postura que podría ser aceptada por Blumenberg sin gran esfuerzo.

La misma afirmación que asigna al *estar-en-el-mundo* una situación tal que ese mundo es ya uno comprendido supone que la comprensión y la interpretación operan no como tareas especiales sino como capacidades adquiridas ya de suyo en nuestro estar en el mundo. Por tanto, la inteligencia poética a la que alude Ricoeur se localiza en ese nivel precientífico de un mundo ya comprendido, donde contenidos estéticos, morales y cognitivos no aceptan distinciones. El problema epistemológico señalado por Ricoeur tiene cabida o más bien resulta sólo pertinente para las disciplinas que, ya sea de manera directa o indirecta, presentan filiación con la inteligencia poética. Tal es la situación de la escritura de la historia. El problema de la complementariedad

⁹ *Ibid.*, p. 32-33.

entre explicación y comprensión adquiere una mayor urgencia en las disciplinas científicas cuyo modelo discursivo se encuentra vinculado, precisamente, a los lenguajes naturales. Éste es el caso de la historia que, como bien señala Ricoeur, vive en una situación particularísima: su forma discursiva pertenece al género del relato, aun cuando él se esfuerce en presentarla como una modalidad diferente al relato de ficción, es decir, relatos con pretensión de verdad.

Lo anterior significa que, más allá de esta pretensión, la historia no puede ocultar su vinculación con lo poético. Traducido a problema epistémico: la escritura de la historia tiene una base estética innegable. En la combinatoria explicación-comprensión esta base no queda cubierta por la introducción de elementos conceptuales que potencian su pretensión de verdad. Al respecto, Michel de Certeau introdujo una visión desdoblada del discurso historiográfico, donde la explicación-comprensión, por así decirlo, se describe a partir de una combinación compleja entre sistema conceptual y narrativización. Ricoeur asume que la filosofía no es reducible a poética dado que la consistencia discursiva en cada caso es diferente, como señalé al principio del anterior capítulo. En cuanto al primero, el discurso filosófico, se trata de un discurso que se orienta desde el orden de lo conceptual; él permite el paso de un saber tamizado metafóricamente y configurado narrativamente, a un saber que clarifica la lógica poética y descubre sus implicaciones ontológicas.

En relación con el segundo, el discurso poético, sólo cabe en su dimensión discursiva la realización de una *solicitud del concepto*, un *pensar más allá* que lo atraviesa; es un discurso que se ignora a sí mismo. De tal suerte que comprender una expresión lógica no es lo mismo que descifrar imágenes.¹⁰ Pero la cuestión sigue en pie, pues la historia no puede sin más equipararse a un discurso lógico y conceptual que la distancie definitivamente de la poética y de la ficción narrativa. El mismo Ricoeur es claro al respecto: es el relato el que otorga a la historia su rasgo distintivo frente a otras ciencias sociales y humanas.¹¹

¹⁰ Manuel Maceiras, "Paul Ricoeur: una ontología militante", en *Paul Ricoeur: los caminos de la interpretación. Actas del Symposium Internacional sobre el Pensamiento Filosófico de Paul Ricoeur, Granada, 23-27 de noviembre de 1987*, edición de Tomás Calvo Martínez y Remedios Ávila Crespo, Barcelona, Anthropos, 1991, p. 45-66, p. 61.

¹¹ "A menudo, ha sido puesto en duda [se refiere al carácter narrativo de la historia] e incluso negado o modificado con el objeto de que el relato dejara de ser un rasgo necesario de la historiografía. Por ello, hay que realizar un análisis exacto para poner de manifiesto que la dimensión narrativa, en última instancia, nos permite distinguir entre la historia y el resto de las ciencias humanas y sociales." Paul Ricoeur, *Historia y narratividad*, *op. cit.*, p. 83.

Pero insiste en darle rango elevado a la distinción dada entre relato con pretensiones de verdad y relato de ficción. Esta distinción, que encuentra expresión acabada en los dos primeros tomos de *Tiempo y narración*, se encuentra sostenida por un criterio definitorio de la ficción, hecho explícito por Ricoeur.

La narración verídica se opone a la suspensión de la alternativa entre verdadero y falso que tiene sólo lugar en la narración de ficción. En otras palabras, la ficción corresponde no a la configuración narrativa (mimesis II) sino a “los recorridos de la referencia de la narración y compete a mimesis III”.¹² Esto se concreta en el hecho de que la historia sostiene su pretensión de verdad en términos referenciales y dada por la recurrencia a una base documental que le da el rango de ciencia empírica. Pero me parece que la noción de verdad en la historia puede ser problematizada en dos sentidos. El primero se refiere a la prescripción que señala que la historia debe hablar de acontecimientos realmente ocurridos, a diferencia de la narración de ficción. La historia puede documentar el cumplimiento de este precepto. El segundo se refiere a la verdad que debe ser dictaminada en el conjunto de la interpretación que formula el historiador, no en cuanto a la ocurrencia verificable de los acontecimientos narrados, digamos en términos de Ricoeur que esto corresponde al nivel de la mimesis II, o sea la configuración narrativa.

Como síntesis de lo heterogéneo entiendo que no hay nada en los documentos que permita deducir de ellos los términos de la configuración precisa, tal y como apunta Hayden White.¹³ En ese sentido es una poética pero que no está acreditada desde la base documental. Siguiendo la estela de Michel de Certeau se podría decir lo siguiente: la historia utiliza criterios de validez establecidos por la comunidad de historiadores que se aplican no sólo a la veracidad de los acontecimientos, es decir, como ocurridos, sino al conjunto de la interpretación, lo que es más crucial. Frente a esto, la historia no cuenta con los medios adecuados para dotarse de un discurso lógico y conceptual, y

¹² Paul Ricoeur, *Tiempo y narración I*, op. cit., p. 365, nota 1.

¹³ “Lo que Collingwood no pudo ver fue que ningún conjunto de acontecimientos históricos registrados casualmente [agrego, y acreditados documentalmente] puede, por sí mismo, constituir un relato; lo más que podría ofrecer al historiador son elementos del relato. Los acontecimientos se *convierten* en un relato mediante la supresión o la subordinación de algunos de ellos, y destacando otros por la caracterización, la repetición de motivos, la variación del tono y punto de vista, las estrategias descriptivas alternas y recursos similares. En suma, todas las técnicas que normalmente esperaríamos encontrar en el entramado de una novela o drama.” Hayden White, “El texto historiográfico como artefacto literario” *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, año 1, n. 2, p. 9-34, p. 13-14.

en ese sentido, se encuentra inmersa en la lógica de los discursos poéticos sin tampoco reducirse simplemente a ellos. Su epistemología debe dar cuenta de los elementos estéticos y conceptuales que juegan en su interior. El problema sigue en pie y voy a tratar de resolverlo en la última parte de este capítulo.

Regresando a la línea de exposición, es posible resaltar otra analogía entre metáfora y narración y que tiene que ver con la discusión planteada arriba. Se trata de la referencia, siendo en este punto donde ambas alcanzan proyección ontológica. En la metáfora y como producto de su inmersión en el terreno de la poética, se presenta la misma interrupción referencial que la ubicada en la problemática del texto, situación puesta de relieve por la lingüística y la crítica literaria. Existe función poética cuando la atención es desplazada de la referencia hacia el mensaje.¹⁴ Por tanto, si cabe hablar de referencia poética, ésta tiene su primer momento ahí donde se suspende la relación del discurso con lo real. Existe, sin embargo, una referencialidad disimulada que se libera como redescrípción, transformando en lenguaje aspectos no susceptibles de descripción directa, es decir, con lenguaje meramente descriptivo. Son valores, aspectos emotivos, cualidades, que encuentran en la enunciación metafórica la manera de ser llevados al lenguaje. Por eso Ricoeur habla de referencia metafórica.¹⁵

En el relato, mientras tanto, la función mimética se cumple como “nueva configuración mediante la ficción del orden precomprendido de la acción”. Existe, en resumen, acercamiento respecto de la referencia metafórica, aunque sin perder de vista los diferentes planos discursivos que en cada una actúan: la metáfora actúa en el campo de los valores sensoriales y estéticos “que hacen del mundo una realidad habitable”, mientras la función mimética de las narraciones se manifiesta “en el campo de la acción y de sus valores temporales”.¹⁶ Ello nos conduce al filo ontológico que tanto la metáfora como la narración revelan. Modalidades del ser son expresadas en las redescrípciones metafóricas, mientras que la experiencia de la temporalidad, en sí muda, informe, es reconfigurada por la narración. Una y otra convergen en posibilitar, por la vía del lenguaje y del texto, el decir de la ontología

¹⁴ *Ibid.*, p. 26.

¹⁵ “Por consiguiente, me he arriesgado a hablar no sólo de sentido metafórico, son de referencia metafórica, para expresar este poder que tiene el enunciado metafórico de re-describir una realidad inaccesible a la descripción directa. Incluso he sugerido hacer del “ver-cómo”, en el que se compendia el poder de la metáfora, el revelador de un “ser-cómo”, en el plano ontológico más radical.” Paul Ricoeur, *Tiempo y narración 1*, op. cit., p. 33.

¹⁶ *Idem.*

propia del *ser-en-el-mundo*. En suma, el enunciado metafórico y la ficción narrativa se compenetran en el campo de la poética, donde el *ser como*, por un lado, y el *quién de la acción*, por el otro, contribuyen a dar identidad subjetiva en tanto identidad comprendida, resultado esto del acto interpretativo que interviene en uno y otro caso.

Con ello la hermenéutica transita por el umbral de la semántica. Interviniendo de manera central en este paso el postulado de que existe una continuidad tal entre ontología y lenguaje que debe ser abordada en términos filosóficos. Narrativa y metáfora intervienen en esa posibilidad por la cual el ser puede ser dicho, aunque sin dejarse tentar por una ontología del lenguaje. Es, entonces, un *sobrepasamiento* el que se dibuja cuando, distanciándose de la reflexividad kantiana, del idealismo husserliano, así como de la problemática hegeliana del absoluto, Ricoeur define el cuerpo de la filosofía en términos de filosofía del lenguaje: una filosofía que se da por objeto reflexionar sobre la relación del ser con la interpretación. “El lenguaje aparece entonces como lo que eleva la experiencia del mundo a la articulación, que funda la comunicación y hace advenir al hombre en cuanto sujeto hablante [...]. Pero, ¿qué es la filosofía del lenguaje, sino la propia filosofía, en cuanto piensa la relación del ser con el ser dicho?”¹⁷ Resumiendo, las similitudes funcionales que se presentan entre narración y metáfora son: el fenómeno de innovación semántica (esquematismo y síntesis), la exigencia de inteligibilidad entendida como trabajo interpretativo por parte del receptor y, finalmente, la liberación de valor referencial. Compete ahora a la semántica de la metáfora poner de relieve y desarrollar estos elementos funcionales en la esfera discursiva.

La pregunta filosófica por la metáfora

Si la interrogación de la que partió Blumenberg y que guió sus investigaciones metaforológicas fue ¿bajo qué presupuestos adquieren legitimidad las metáforas en el lenguaje filosófico?, la pregunta de

¹⁷ Paul Ricoeur, *La metáfora viva*, 2a. edición, traducción de Agustín Neira, Madrid, Trotta, 2001, 434 p., p. 401. Ontología y umbral semiótico se implican. En el mismo sentido presento el siguiente comentario de Juan Manuel Navarro: “En efecto, a la hora de encontrar un fundamento adecuado a la hermenéutica, no cabe hallarlo en un nivel meramente epistemológico, sino antes bien ontológico. De ahí que sea ‘el deseo de esta ontología quien mueve la empresa propuesta [...] y quien le hace no deslizarse ni en una filosofía lingüística a la manera de Wittgenstein, ni en una filosofía reflexiva de tipo neokantiano’”. Juan Manuel Navarro Córdón, “Existencia y libertad: sobre la matriz ontológica del pensamiento de P. Ricoeur”, en *Paul Ricoeur: los caminos de la interpretación*, op. cit., p. 145-187, p. 148.

Ricoeur bien puede ser formulada del siguiente modo: ¿en qué medida la metáfora permite analizar las relaciones que se establecen entre el discurso poético y el discurso filosófico? Para decirlo de otra manera, el problema que se le presenta a Ricoeur es el de cómo atender reflexivamente a las diversas mediaciones que existen entre el discurso metafórico y el discurso metafísico.¹⁸ En ambas formas de interrogación es posible destacar un cierto paralelismo en el sentido en que los dos preguntan acerca de la función de la metáfora, no por su naturaleza, no por sus contenidos definitorios; no es un interés simplemente analítico-morfológico el que los orienta.

Si bien Blumenberg ubica la cuestión metafórica en el vasto ámbito de una filosofía entendida bajo el rubro de *historia conceptual*, por un lado, y Ricoeur la conecta con una filosofía cuyo perfil corresponde al de la *ontología hermenéutica*, por otro, aún así permanece en la base un mismo criterio: la función de la metáfora no es ajena, por más que se quiera, a las aspiraciones reflexivas que la filosofía reivindica ni a la postulación de contenidos cognitivos sobre el mundo, aserción con la que supongo estarían de acuerdo ambos. Sin embargo, desde este paralelismo las formas de abordaje se bifurcan. Por su parte, Blumenberg se esfuerza en articular el proyecto metaforológico como instancia de criticidad de las metafóricas, manteniendo en ello una perspectiva netamente retórica aunque sin reducir a la metáfora al nivel de un tropo entre otros. Él termina por presentarnos un panorama en el que la filosofía vendría a ser una modalidad reflexiva del discurso metafórico.

Mientras Ricoeur aspira a un trabajo de clarificación que permita sustentar, justificadamente, las diferenciaciones que mantienen separados al discurso metafórico y al discurso filosófico. En su opinión tales diferenciaciones deben ser nuevamente legitimadas, aunque no bajo los supuestos que anteriormente eran los asumidos. A diferencia de Blumenberg, Ricoeur va elevando paulatinamente la metáfora a un nivel hermenéutico tal que rompe con sus vinculaciones retóricas originarias. El aparato crítico que permite ofrecer una visión clarificada de la metáfora corresponde al cuerpo mismo de la filosofía, donde no necesita del auxilio propedéutico de la metaforología: la hermenéutica por sí misma, introduciendo en su seno versiones modificadas de planteamientos externos (semiótica, crítica literaria, entre otros), es la

¹⁸ Marcelino Agís Villaverde, *Del símbolo a la metáfora. Introducción a la filosofía hermenéutica de Paul Ricoeur. Introducción a la filosofía hermenéutica de Paul Ricoeur*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1995, 269 p., p. 206.

instancia de clarificación del discurso metafórico. Sobresale por encima de estos tratamientos divergentes una coincidencia notable. Para ambos la metáfora guarda en su seno, casi celosamente, una importancia secreta para la filosofía; algo dice de crucial en su decir transfigurador a la reflexión filosófica. La cuestión es, por tanto, ¿qué encuentra Ricoeur en el decir metafórico?

En la obra fundamental que le dedica, *La metáfora viva*, Ricoeur despliega de manera por demás compleja ese trabajo de clarificación siguiendo un itinerario preciso. El punto de arranque consiste en una discusión del lugar que guarda la metáfora en el universo clásico de la retórica; pasa a continuación a encarar críticamente los tratamientos semióticos que particularizan a la metáfora sólo en términos de sus atribuciones lingüísticas y taxonómicas, para, posteriormente, revisar cómo el punto de vista semántico se muestra más acorde con la temática general del sentido. El recorrido tiene como meta acceder a un planteamiento hermenéutico que proyecte la metáfora a niveles ontológicos, siendo ésta la parte final del itinerario. El paso de un punto al otro se presenta como un proceso signado por niveles sucesivos que revelan superioridad en el enfoque. Finalmente es el itinerario de un progreso dado al nivel de los aspectos, de las formas de tratamiento y de las modalidades más productivas para el objetivo último que se persigue.

Se revela en este proceder el estilo filosófico de Ricoeur como tentativa dialéctica, ya que superación no quiere decir dejar atrás aspectos, tratamientos y modalidades, como si fueran formas carentes de sustancia viva; por el contrario, supone inclusión compleja de aportes pero en otros marcos problemáticos. La progresión analítica tiene una orientación precisa y bien delimitada, "el paso de una disciplina a otra sigue el de las entidades lingüísticas correspondientes: la palabra, la frase y el discurso".¹⁹ Desde su origen clásico la metáfora se encuentra asociada a la idea de transporte. Como instrumento adecuado para traspasar las formas literales de lenguaje, manifestó la capacidad de expresar relaciones más allá de la significación habitual de las palabras. En términos modernos se puede decir que presenta un proceso de transferencia que no se limita a la adecuación significado-significante.²⁰

Por eso en el universo antiguo de la retórica la metáfora era considerada como un tropo, esto es, una figura de sustitución de sentido

¹⁹ Paul Ricoeur, *La metáfora viva*, op. cit., p. 9.

²⁰ Chantal Maillard, *La creación por la metáfora. Introducción a la razón-poética*, Barcelona, Anthropos, 1992, 190 p., p. 97.

que se produce al nivel de la palabra o de la nominación. Por tanto, el sentido de un nombre es ampliado por medio de la desviación del sentido literal, a grado tal que termina produciéndose una verdadera sustitución de un sentido por otro, del sentido literal por el sentido figurado. El hecho de que la metáfora se encuentre ligada al nombre permite delinear un movimiento que tiene lugar entre lo propio del nombre y lo impropio del sentido figurado. Esta oposición entre sentido figurado y sentido propio será más familiar, sin embargo, a la tradición posterior; esto es particularmente notorio en la recuperación moderna de la metáfora. Por otro lado, el proceso de sustitución, la desviación del sentido literal propiamente dicho, es posible en virtud de la semejanza que existe entre ambos.

Hay entonces tres planteamientos relacionados: primero, la idea de desviación del uso ordinario de las palabras; segundo, la idea de préstamo de un campo originario a otro; tercero, la idea de sustitución de una palabra usual ausente pero disponible.²¹ En cualquier caso la metáfora es vista como un proceso sustitutivo, por eso para Ricoeur se le presenta como un fenómeno sumamente limitado: “si el término metafórico es un término sustituido, la información proporcionada por la metáfora es nula, pudiendo reponerse el término ausente, si existe; y si la información es nula, la metáfora sólo tiene valor ornamental, decorativo”.²² En otras palabras, no presenta innovación semántica alguna. No será hasta la aparición de la semántica moderna cuando estos postulados se pongan en duda, particularmente su focalización en la palabra y la correspondiente teoría de la sustitución.

Es en el estudio III de la *Metáfora viva*, “Metáfora y semántica de la palabra”, en donde Ricoeur analiza con detenimiento la transformación de los principios retóricos operada por la semántica, tomando como vertiente conductora la oposición que se presenta entre la metáfora-palabra y la metáfora-enunciado. El trabajo clave en este episodio pertenece a Benveniste, en concreto la distinción entre semiótica y semántica que resaltarán Ricoeur en su análisis. Así, por semiótica se entiende un estudio para el cual la palabra es la unidad básica dentro del código lexical, mientras la semántica designa otro tipo de tratamiento que ve a la frase como la unidad discursiva portadora de significación completa.²³ El desarrollo de la semántica es seguido por

²¹ Manuel Asensi, “La metáfora en Paul Ricoeur: un debate entre hermenéutica y deconstrucción”, *Semiosis*, Xalapa, Universidad Veracruzana, n. 22-23, 1989, p. 255-277, p. 259.

²² Paul Ricoeur, *La metáfora viva*, op. cit., p. 32.

²³ *Ibid.*, p. 95-96.

Ricoeur a través de las obras de I. A. Richards, Max Black y Monroe Beardsley, entre otros. Son sin duda las propuestas de Richards las que señalarían el derrumbe de los planteamientos tradicionales.

En primer lugar, a la presuposición de que la metáfora es sólo un “accidente de denominación, un desplazamiento en la significación de la palabra”, el enfoque semántico le opone la afirmación de que, por el contrario, la producción de sentido descansa en el ámbito de la enunciación completa. La metáfora, por tanto, tiene lugar en la esfera de la predicación no de la nominación. Pertenece al ámbito de la unidad de discurso, por tanto no sólo relaciona dos términos sino que moviliza una mayor amplitud enunciativa: frases, párrafos y redes de enunciados.²⁴ En segundo lugar, si la metáfora no concierne a la palabra porque su afectación incumbe a la frase entera, el fenómeno que presenta no puede ser considerado como sustitución del sentido literal; más bien debe ser abordada como producto del “funcionamiento real de la operación predicativa en el nivel de la oración”. Tal funcionamiento introduce una tensión entre el sentido literal que se desprende de los términos habituales y el sentido figurado introducido por la impertinencia semántica. De suerte que es una teoría de la tensión la que viene a ocupar el lugar de la antigua teoría de la sustitución de términos.

La tensión no se da entre términos diferentes de un mismo enunciado ya que, más bien, se establece entre dos *interpretaciones opuestas* del mismo, siendo este conflicto de las interpretaciones el que suscita la metáfora. Con lo que Ricoeur llega al punto de sostener que la metáfora sólo existe como interpretación metafórica que destruye la interpretación literal, introduciendo de esta manera una extensión del significado que es la que posibilita nuestra comprensión de una metáfora. Destruída la literalidad, “sólo podemos salvar la expresión completa, sometiendo las palabras en cuestión a una especie de trabajo de sentido —que, siguiendo a Beardsley, hemos llamado un giro metafórico— gracias al cual comienza a tener significado”.²⁵ De acuerdo con lo anterior, la metáfora adquiere pertinencia ya que es un fenómeno de afirmación del sentido por extensión, no de sustitución de sentido, no de redundancia del sentido como ornamento literario.

²⁴ “En principio, la metáfora es o puede ser mucho más compleja en su ‘interacción’, la cual puede no ser de dos términos solamente sino de varios, o de varias frases, o párrafos, reductibles o no a dos o más términos. Ricoeur habla de metáfora continuada, esto es, de una red de enunciados. La metáfora se asemejaría en este caso al modelo científico.” Chantal Maillard, *La creación por la metáfora*, op. cit., p. 105.

²⁵ Paul Ricoeur, *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*, traducción de Graciela Monges Nicolau, México, Siglo XXI, 1995, 112 p., p. 62-64.

En tercer lugar, la función de la semejanza sufre también un desplazamiento. Como representante del momento icónico de la metáfora, ella ha sido entendida al nivel de las imágenes y su función poética. De tal suerte que analizar metáforas consistía en un trabajo que partía del proceso de sustitución, en este caso de una imagen que cede su lugar a otra en virtud de la relación de analogía que presentaban. Sin embargo, en la transformación operada por la semántica, la imagen viene a ser el resultado del enunciado metafórico no su momento originario. En este proceso lo que se muestra es un parentesco que surge donde la visión, en primera instancia, no percibía relación alguna. Tiene así la cualidad de reunir elementos icónicos que ordinariamente no guardan parentesco entre sí, con lo que hace brotar nuevas relaciones de sentido. En los tres aspectos mencionados, los factores nuevos que se introducen con el desplazamiento semántico invierten los postulados de origen retórico, a grado tal que comienza a sobresalir, desde el análisis crítico a que han dado lugar, el carácter inventivo propio de la metáfora. Detengámonos un poco en este proceso de elevación de la metáfora.

Semántica de la metáfora

Se deduce de los principios tradicionales retóricos, en primera instancia, la improductividad de la metáfora: el papel que le corresponde sería simplemente el de un artificio añadido para embellecer el discurso sin aportar nada al contenido. Pero desde la perspectiva semántica, la productividad se revela en la tensión que introduce respecto del sentido literal una *impertinencia* semántica que subvierte el sentido *propio* o *corriente* de las palabras en el orden sintagmático de la frase. Este fenómeno no es, por lo menos, fácil de explicar desde de la óptica que sustenta la semiótica, cosa compartida también por la neoretórica.²⁶ Ambas se ven frente a un problema que exige traspasar sus propias fronteras. Ubicando a la metáfora en el plano paradigmático de sustitución de significantes por semejanza, resulta irresoluble la impertinencia metafórica.

²⁶ Se puede entender por neoretórica el esfuerzo que se presentó en el ámbito del estructuralismo. Su énfasis formalista se expresa en la consideración de que la naturaleza novedosa de la retórica moderna estriba en un rompimiento con la tradición antigua. Tal rompimiento indujo a considerar a la nueva retórica como un espacio restringido a la *Elocutio* y a los tropos. José María Pozuelo Yvancos, *Del formalismo a la neoretórica*, Madrid, Taurus, 1987, 226 p., p. 183-184.

No hay forma de reconducir el enunciado hacia una salida de la desviación por el lado de la nueva significación que introduce el sentido figurado. Esto explica por qué acentúan el carácter *cosmético* de la retórica y por ende del conjunto de los tropos.²⁷ Le viene bien a estas posturas la teoría de la sustitución, dado que si no hay salida a la impertinencia lo que queda es la posibilidad de reconducir el sentido figurado al sentido propio de la expresión. El resultado es que el transporte metafórico no supone información alguna pues es sólo cuestión de ornamento estilístico. Así, la semiótica y la neoretórica hacen recaer el problema en las normas que regulan las significaciones y las coordina entre sí, normas inscritas al nivel del código de la lengua. Así planteado el asunto a lo que más se llega es, por un lado, a ver la metáfora precisamente como una violación al código, y por un otro, a postular simplemente la oposición que guarda la metáfora respecto de la metonimia, ubicada ésta, por contrapartida, en el eje sintagmático de la combinación ya que es fenómeno de contigüidad.

Quizá uno de los ejemplos que más ha destacado en este tratamiento sea el del psicoanálisis lacaniano pues gran parte de su labor consistió en prolongar estos dos aspectos a la esfera del inconsciente, de ahí su famosa tesis: la primacía del significante sobre el sujeto. Siendo esta afirmación deducible de la oposición metáfora-metonimia y precedida por la ubicación paradigmática de una, la primera, y por la ubicación sintagmática de la otra. Para Lacan la metáfora es un proceso de sustitución de significantes, no de significados, y donde existe la posibilidad de recuperar el término sustituido.²⁸ Por con-

²⁷ Para Platón, la cosmética y la cocina son actividades propias de la simulación y del engaño. A ellas pertenece la retórica y la mimesis: son artes de engaño. "A la sombra de la gimnasia se desliza igualmente el tocador, práctica falaz, engañosa, innoble y cobarde, que para seducir emplea las farsas, los colores, el refinamiento y los adornos, de manera que sustituye con el gusto de una belleza prestada al de la belleza natural que produce la gimnasia [...] lo que el tocador es a la gimnasia es la sofística a la parte legislativa, y lo que la cocina es a la medicina es la retórica al arte judicial." Platón, *Diálogos*, 4a. edición, estudio preliminar de Francisco Larroyo, México, Porrúa, 1966, xxv-541 p., p. 120.

²⁸ Para demostrar la primacía del significante sobre el significado, uno de los comentaristas de Lacan inicia la presentación del mecanismo metafórico en los siguientes términos: "Se clasifica tradicionalmente a la metáfora dentro de los tropos del discurso como una figura de estilo que se funda en relaciones de similaridad y de sustitución. Así, es un mecanismo del lenguaje que tiene lugar sobre el eje sincrónico (paradigmático), es decir, sobre el eje del léxico o de la lengua [...]. Se trata, entonces, en el verdadero sentido del término, de una *sustitución significativa* como lo dice Lacan. En la medida en que la metáfora muestra que los significados sacan sus propia coherencia de la red de los significantes, el carácter de esa sustitución significativa demuestra la autonomía del *significante con respecto del significado* y, por consiguiente, la *supremacía del significante*". Joël Dor, *Introducción a la lectura de*

siguiente, la metáfora no se presenta como fenómeno que produce sentido por extensión.

Es posible, también, ubicar en este rubro formalista las consideraciones de Hayden White respecto de la base tropológica del saber histórico. Si bien se ha ido distanciando de este enfoque en la temática de la narrativa histórica, acercándose progresivamente a las posturas de Ricoeur, particularmente en sus consideraciones sobre la *mimesis*, la configuración narrativa y su relación con el *mythos* o también cuando habla de una metáfora extendida, sus comentarios acerca de la metáfora realizados en su libro *Metahistoria* lo ubican en el polo opuesto. Al sostener que la conciencia histórica se encuentra dependiente de un ámbito tropológico como *universal humano*, metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía, sólo termina ampliando con ello el espectro tradicional sin alterar el efecto reductivo planteado por la lingüística, oscureciendo así las afectaciones históricas que ha sufrido el campo retórico en la modernidad.²⁹

A pesar de esa expansión, la metáfora sigue siendo considerada por White un fenómeno de desviación de sentido o de sustitución que puede ser explicado en términos del código estructural de la lengua. Por tanto su esfuerzo analítico se muestra contrario al de Ricoeur en el punto en el que éste trata de sobrepasar las restricciones tropológicas de la metáfora. Ricoeur, siguiendo la obra de Jean Cohen, señaló al respecto que la metáfora no puede ser vista como un fenómeno de desviación propiamente dicho; no es la metáfora la desviación, sólo existe desviación cuando se toman las palabras en su sentido literal. El ejemplo que aporta consiste en una frase de Mallarmé, “El cielo está muerto”, donde la desviación recae en el predicado “está muerto”, ya que literalmente tomado sólo puede ser aplicable a individuos como seres vivos. Lo único que revela la frase es la desviación como absurdo. Pero la metáfora sirve en el ejemplo como un “procedimiento de reducción de la desviación”, o sea, de la impertinencia semántica, cosa no accesible desde el enfoque semiótico.

Lacan. *El inconsciente estructurado como lenguaje*, 2a. edición, traducción Margarita Mizraji, Barcelona, Gedisa, 1995, 238 p., p. 54.

²⁹ “La teoría de los tropos proporciona un modo de caracterizar los modos dominantes del pensamiento histórico que tomaron forma en Europa en el siglo XIX. Y como base para una teoría general del lenguaje poético, me permite caracterizar la estructura profunda de la imaginación histórica de ese periodo considerado como un proceso de ciclo cerrado.” Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, traducción de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, 432 p., p. 47.

Elevándose por encima del código, la metáfora salva la impertinencia o la desviación, obligando a la *lengua* a transformarse para darle sentido al *habla*. El proceso consta de dos tiempos: “1) Planteamiento de la desviación: impertinencia, y 2) Reducción de la desviación: metáfora”.³⁰ Y es en este proceso donde la semejanza juega un papel crucial. Anteriormente vista como transposición de ideas en el seno de una palabra, o como restricción tropológica que vendría a explicar la oposición metáfora-metonomía, la semejanza encuentra su lugar ahora en el plano predicativo, particularmente, en su carácter de atribución. La nueva pertinencia semántica, producida por la metáfora como reducción de la desviación, expresa una proximidad insólita de carácter semántico entre términos distanciados lógicamente: es “atribución insólita” de dos significaciones que por artes de la semejanza logran ser asimiladas.

Ahora bien, ¿cabé establecer relaciones de semejanza entre cualquier cosa, independientemente de su naturaleza, del género, etcétera? Bien puede ser establecida la metáfora como un error lógico de atribución, como un error categorial digamos. Pero la metáfora consiste en aproximar elementos diferentes, en percibir semejanza a pesar de la diferencia y de la contradicción lógica. No cabe duda de que en este punto la opción debería ser la de salir de la semejanza metafórica por medio de la claridad conceptual que, por definición, esquivaría el error lógico de aquella. Ricoeur apunta algo importante: la metáfora conformaría un estrato pre-categorial, pre-conceptual, una “imaginación filosófica” que, actuando por extrapolación, hace de la figura de discurso un elemento actuante en la emergencia de “campos semánticos” previos a la formulación de conceptos lógicos. Es una “metafórica fundamental”, citando a Gadamer, cuya dinámica “engendra las áreas semánticas [o campos] por fusión de las diferencias *dentro de la identidad*”.³¹

Su operación predicativa consiste en acercar términos venciendo la resistencia lógica que los separa. Se puede decir que su función consiste en descubrir identidades insólitas desde la distancia de la dife-

³⁰ Paul Ricoeur, *La metáfora viva*, op. cit., p. 205-206.

³¹ “La misma operación que hace ver ‘lo semejante’ es también la que ‘enseña el género’. Esto está también en Aristóteles. Pero si es verdad que se aprende lo que todavía no se sabe, hacer ver lo semejante es producir el género dentro de la diferencia, y no por encima de las diferencias, en la trascendencia del concepto [...]. La metáfora permite descubrir este estadio preparatorio para la percepción conceptual porque, en el proceso metafórico, el movimiento hacia el género es detenido por la resistencia de la diferencia y, de alguna manera, interceptado por la figura de retórica.” *Ibid.*, p. 265.

rencia. Para decirlo de otra forma, la semejanza es el producto de la metáfora no su condición, no descubre semejanzas ocultas, las produce y con ello produce nuevas especies lógicas. Por otro lado, la semejanza ha sido planteada como presentación figurada, es decir, como imagen que se relaciona por analogía con otra. Ricoeur va despejando argumentativamente el hecho de que el momento icónico de la metáfora no pertenece al área puramente imaginativa sino, antes bien, al plano verbal. El esquematismo propio de la metáfora, es decir, la asimilación predicativa, la nueva atribución de sentido de un enunciado que trasciende su literalidad, hace emerger la imagen como innovación.

Podría parecer que existe una cierta equivalencia de la metáfora y el símbolo por su referencia a la imagen. Pero el apunte anterior formulado por Ricoeur implica una diferencia notable. Chantal Maillard señala, retomando un trabajo de Le Guern, que tal diferencia se asienta en la función que desempeña la imagen en cada caso. En el símbolo la imagen se encuentra conectada con el valor expresivo y material de su percepción. La información que aporta no puede desligarse de la percepción visual. En el caso de la metáfora, esta percepción no es indispensable.³² No resulta indispensable ver directamente la imagen implicada metafóricamente para acceder a la información que aporta. En otras palabras, la metáfora *hacer ver* fuerza desde el medio lenguaje a una asociación icónica y que no radica en la percepción directa. En efecto, produce el *ver como* desde el acto verbal. De tal modo que el *ver como* designa la mediación no verbal del enunciado metafórico, pero desde una situación en la que el lenguaje poético es el que engendra la imagen y no a la inversa.

La implicación ontológica de la metáfora comienza a revelarse aquí. Ella, la metáfora, “forma parte de nuestro lenguaje y nos expresa convirtiéndonos en lo que expresa”. Es devenir de nuestro ser y su expresión, con lo que nuevamente se produce un acercamiento a la narratividad. Haciendo suyas las expresiones de Bachelard, termina afirmando lo siguiente: “Lo que era un nuevo ‘ser del lenguaje’ se convierte en un ‘incremento de conciencia’, mejor, ‘en un crecimiento de ser’ ”.³³ De tal forma que esta revisión crítica, siguiendo la estela del

³² “En la construcción simbólica la percepción de la imagen es necesaria para captar la información lógica contenida en el mensaje [...]. En la metáfora, por el contrario, este intermediario no es necesario para la transmisión de la información. Por ello, la imagen simbólica requiere la intelectualización de la analogía, mientras que a la imagen metafórica le basta con despertar la imaginación o la sensibilidad.” Chantal Maillard, *La creación por la metáfora*, op. cit., p. 115.

³³ Paul Ricoeur, *La metáfora viva*, op. cit., p. 286.

enfoque semántico, aporta dos dimensiones irrenunciables a la cuestión metafórica: pasando al nivel de la frase como unidad discursiva, la metáfora es un fenómeno que afecta al predicado como nueva atribución semántica; la metáfora como tensión entre sentido literal y sentido figurado alienta a involucrar un supuesto hermenéutico en la atribución metafórica. Ambos niveles determinan a la metáfora, finalmente, como fenómeno de innovación, es decir, como producción significativa.

Metáfora y referencia

Ahora bien, la ruta dibujada por Ricoeur determina la necesidad de introducir la problemática de la referencialidad metafórica, como hemos visto. Pero, ¿qué dice el enunciado metafórico acerca de la realidad? Ricoeur plantea esta pregunta sobre la referencia en dos planos: uno tiene que ver con la semántica, es decir, con la frase tomada como unidad mínima discursiva; el otro, el plano de la hermenéutica, es el que concierne al conjunto discursivo en su totalidad. La referencia, el problema a tratar, adquiere en el segundo su verdadera dimensión pues es el discurso el que “tiende a las cosas”.³⁴ Con esta formulación se supera el nivel de la simple oposición entre semiótica y semántica, accediendo al problema de la relación entre el sentido y la referencia, o más bien, al problema de la “constitución interna del sentido con el objetivo trascendente de la referencia”.³⁵ Se sigue de ello que la referencia debe ser ubicada en la dimensión del texto y por tanto compete a la hermenéutica. Se encuentra implicado en esta asunción hermenéutica el efecto literario del discurso por el cual se establece una suspensión del sentido a la referencia.

La dimensión poética del texto fuerza a verlo como una instancia que se agota discursivamente; en eso consiste la suspensión de mundo o de referencia que se produce en su interior. El paso hermenéutico supone volver a conectar el texto al mundo por medio de la apropiación del lector. En esta asunción y tomando en cuenta que se trata de la metáfora, se presenta la tradicional distinción entre el fenómeno de connotación y el de denotación. En efecto, todo aquello que escapa a la referencia se encuentra ligado a lo connotativo. Si en la metáfora se presenta otro tipo de referencialidad para Ricoeur, se sigue de ahí que tenga cabida en ella una cierta función denotativa desplegada

³⁴ *Ibid.*, p. 287.

³⁵ *Ibid.*, p. 288.

por la tensión y la innovación metafórica. Gran parte del esfuerzo teórico de Ricoeur consiste en ampliar las limitaciones de la denotación, pues el discurso literario parece sólo estar en relación con el fenómeno de la connotación.

Esto es, se trata de producir una generalización de la denotación de modo tal que alcance al discurso poético en general y a la metáfora en particular. La tesis de Ricoeur consiste en considerar que la suspensión de la referencia inmediata, perteneciente al discurso descriptivo, es el medio adecuado para liberar, en un segundo momento, una referencia fundamental; ella consiste en ser referencia de segundo grado, característica del lenguaje poético y por tanto de la metáfora.³⁶ La función poética desplaza la atención de la referencia hacia el mensaje, hacia el texto, es decir, produce la suspensión de mundo. Es posible decir que con ello elimina la denotación de primer orden. Mientras que este efecto es revertido por medio de la denotación de segundo rango. La eliminación de la referencia primaria es devuelta por Ricoeur en términos de referencia metafórica.³⁷

El desdoblamiento referencial puede ser seguido analíticamente a través de la forma en la que se presenta la constitución del sentido metafórico. Lo que primero salta a la vista es que el sentido metafórico se eleva desde la destrucción del sentido literal. Con el fracaso de la literalidad se derrumba, asimismo, la referencia primaria, es decir, a la imposibilidad de la interpretación literal le corresponde una referencia literal imposible. Pero a esta fase negativa, de la que la innovación semántica viene a ser su reverso positivo, le sigue la interpretación metafórica. Y en este nivel surge una pertinencia semántica que introduce un nuevo "objetivo referencial" sobre la abolición de la referencia literal.³⁸ El problema consiste, entonces, en averiguar si el despliegue de la referencia metafórica se corresponde con una nueva manera de captar la realidad. Adelantándome, la respuesta de Ricoeur será afirmativa.

Con el fin de articular una suerte de *teoría denotativa* de la metáfora Ricoeur da seguimiento a la obra de Nelson Goodman. En general, todas las operaciones simbólicas se refieren a una única operación, siendo ella la función referencial por la que el símbolo está en lugar de otra cosa. Aquí la semejanza, según Goodman, no juega un papel

³⁶ *Ibid.*, p. 302.

³⁷ Manuel Asensi, "La metáfora en Paul Ricoeur: un debate entre hermenéutica y deconstrucción", *Semiosis*, *op. cit.*, p. 269.

³⁸ Paul Ricoeur, *La metáfora viva*, *op. cit.*, p. 304.

central. Pero la metáfora es el elemento fundamental, donde la aplicación de propiedades o predicados a algo constituye una especie de transferencia. Y esto destaca Ricoeur: la verdad metafórica concierne a esa transferencia. Es una “migración conceptual” en la que la metáfora despliega el poder de “reorganizar la visión de las cosas”.³⁹ Despojándose de la función de descripción directa, aparece la función poética de invención. En suma, es una redescrición propia del lenguaje poético. La teoría de la tensión tiene que ver con este proceso en tanto afecta la función referencial de la cópula *es*. En esto radica lo propio de la metáfora viva, también denominada de invención, esto es, ser respuesta a la discordancia semántica por medio de una ampliación de sentido.

Resulta que las metáforas de invención no son susceptibles de traducción con el fin de restaurar el sentido literal perdido por la ampliación de sentido, porque “ellas crean su sentido”. Pueden ser parafraseadas de manera infinita sin agotar con ello el sentido innovador que postulan. De ahí que, para Ricoeur, no existan metáforas vivas en un diccionario.⁴⁰ Ahora entonces, la tensión de la cópula se refiere, según Cassirer, a dos tipos de funciones: uno tiene que ver con la función relacional de la cópula, mientras el otro afecta al plano existencial. Pero la tensión que afecta a la cópula en su funcionamiento relacional, la afecta al mismo tiempo por el lado existencial. En el *es* que afirma la cópula cabe también un *no es* deslizado por la interpretación literal, de tal manera que la cópula no es sólo relacional ya que implica además la redescrición de lo *que es* en términos existenciales.⁴¹

Se toma nota de lo existencial, de acuerdo con Ricoeur, por la “vehemencia ontológica” que consiste en que todo discurso proyecta una suerte de *ser dicho* como necesidad de *ser*. A ello se agrega una labor de “desmistificación” que obliga a reconocer lo que es y no es metáfora, pero sin reducir su alcance al concepto de “verdad-adeacuación”. Digamos que no hay descripción primaria del ser como realidad espesa (en ello estaría involucrada la verdad como adecuación) sino redescrición metafórica del ser. El *como si* tensional de la metáfora comporta, por tanto, dos momentos fundamentales, el de la creación poética y el de la vehemencia ontológica del ser. Estos dos momentos se encuentran “en consonancia con los aspectos creadores de la realidad misma”.⁴² Lo anterior induce a pensar, desde la óptica tensional

³⁹ *Ibid.*, p. 312.

⁴⁰ Paul Ricoeur, *Teoría de la interpretación*, *op. cit.*, p. 65.

⁴¹ Paul Ricoeur, *La metáfora viva*, *op. cit.*, p. 328.

⁴² *Ibid.*, p. 334.

de la verdad, que el sentido metafórico es el que permite encauzar expresivamente la experiencia del *ser*, concretándola al nivel del decir discursivo, pero desde los marcos, también metafóricos del verbo *ser*, es decir, sin dejar de incluir la tensión del *no es* implicado. En palabras de Ricoeur: “La paradoja consiste en que no hay otra forma de hacer justicia a la noción de verdad metafórica sino incluir el aspecto crítico del ‘*no es*’ (literalmente) en la vehemencia ontológica del ‘*es*’ (metafóricamente).”⁴³

Me interesa, para lo que continúa, destacar algunos aspectos de este itinerario problemático y complejo. Primero, la metáfora debe ser ubicada en la esfera amplia del discurso. Ésta es propiamente una decisión teórica importante. Si, por el contrario, se destaca su papel sólo en términos de un enunciado aislado el resultado es totalmente diferente a la opción planteada por Ricoeur. Como enunciado metafórico aislado se adopta necesariamente la teoría de la sustitución como guía analítica, lo que me lleva a la segunda cuestión. Es en el campo discursivo donde la metáfora revela su carácter productivo: supone tensión entre interpretación literal e interpretación figurada. La exigencia interpretativa que resulta de la tensión resuelve la impertinencia semántica por medio de la innovación predicativa. Éste es propiamente el resultado del esquematismo metafórico y supone creación de sentido.

De estos aspectos se deriva, finalmente, la función cognitiva que tiene para el discurso. Ello supone que no puede ser tomada ya como pura ornamentación discursiva, como un elemento añadido exento de valor salvo el de potenciar un contenido no metafórico (literal) por medios estilísticos o expresivos. Por el contrario, se ha ido revelado un contenido figurado que tiene valor en el orden referencial. Permite superar la referencia primaria (literal) al liberar, en el ámbito de la recepción, una referencia de segundo grado (redescripción). Por medio de este proceso la metáfora ofrece información que no puede ser alcanzada bajo aspectos puramente descriptivos, esto es, nos dice algo nuevo sobre la realidad que va más allá de la pura descripción.

El discurso historiográfico: de la connotación a la denotación

Voy a introducir a partir de este punto el mencionado ejercicio de extrapolación, tomando como guía los tres elementos descritos arriba

⁴³ *Ibid.*, p. 336.

y que han sido desarrollados por Ricoeur. El objetivo consiste en preparar el terreno para la parte conclusiva de este trabajo. Para empezar, la metáfora alude necesariamente a la imaginación, mientras la imaginación encuentra en la metáfora una vía expresiva sin la cual no sería, propiamente, imaginación, es decir, no sería comunicable a otros. Así, en la metáfora tiene lugar el juego de la imaginación productora como trabajo de lenguaje, como elemento predicativo que introduce extrañeza respecto de la atribución de carácter literal. Ella revela, entonces, capacidad para acercar o asimilar nuevas pertinencias semánticas a pesar de la resistencia que presentan las categorizaciones literales. En ese sentido es innovación semántica: sobre una capa de literalidad se aboca por acceder a otro nivel de expresión que no se deduce simplemente de la aplicación de las leyes que determinan todo sistema sígnico.

A esta capacidad inventiva de la metáfora Ricoeur la denomina *operación sintética* y tiene que ver con las relaciones de semejanza que introduce el enunciado metafórico. Consiste, en sus propias palabras, en “figurar la asimilación predicativa de la que resulta la innovación semántica”.⁴⁴ La operación sintética viene a complementar el *esquematismo* de la imaginación productora, es decir, aquella que crea según sistemas de reglas o normas. La imaginación productora tiene esa cualidad, es decir, no es un índice de arbitrariedad o de libertad subjetiva el que determina la labor de creación. De ahí resulta que la metáfora da lugar a una carga de inteligibilidad que, por supuesto, no se encuentra al mismo nivel lógico que los elementos de conceptualización habituales. Es, para decirlo rápidamente, inteligibilidad como forma de producción de sentido. Si sumamos lo anterior, el esquematismo y la operación sintética a la problemática desarrollada por Ricoeur respecto de la referencia metafórica, se delimita una cuestión que adquiere gran relevancia filosófica: *la verdad metafórica*.

El momento de la innovación semántica, esto es, la imaginación productora, y el momento de la referencia liberado por el enunciado metafórico llevan a Ricoeur a reconocer que el fenómeno de la *invención* y el del *descubrimiento* han dejado de ser procesos opuestos, perspectiva que tradicionalmente había dado pie a formular la radical diferenciación entre epistemología (lógica de descubrimiento) y creación (experiencia estética). Citando a Monroe Beardsley, *la metáfora es un poema en miniatura*, Ricoeur sostiene que en esta frase se revela el hecho, sin duda crucial, de que lo metafórico consiste en una tensión

⁴⁴ Paul Ricoeur, *Tiempo y narración I*, op. cit., p. 32.

dada entre un sentido literal, explícito, y un sentido figurado, implícito. Tal tensión tiene su lugar en la compleja interacción de significaciones que vendría a caracterizar a la obra literaria en su conjunto. De tal forma que, entonces, lo que da rango distintivo a la literatura respecto del discurso científico consiste en que la primera, la literatura, se asienta sobre la formulación de un sentido implícito, es decir, figurado, vinculado con otro sentido explícito, es decir, literal.

No siendo esta situación fenómeno particular de la poesía, pues tiene cabida también en el ámbito de los discursos en prosa, situación que debe por extensión alcanzar a la historiografía. La literatura se define, con ello, como discurso metafórico. Lo anterior resulta importante en la obra que Ricoeur le dedica a la metáfora en particular, pues se sigue de la relación habida entre los fenómenos de innovación y de referencia, produciendo implicaciones en la discusión filosófica. El positivismo, desde sus orígenes decimonónicos hasta la vinculación que alcanza con la lógica formal, es decir, hasta el neopositivismo, estableció que la diferencia entre el sentido figurado y el sentido literal era correlativa a la diferencia que media entre el *lenguaje emotivo* y el *lenguaje cognoscitivo*. No hay cabida en esta postura a otra cosa que no sea diferenciarlos bajo los términos de una oposición tajante, aunque más bien lo anterior adopte el nivel de un presupuesto implícito que no se presta a justificación racional; en ese sentido es un presupuesto que, como tal, es acrítico.

El problema es que el presupuesto no se ha quedado sólo en la órbita positivista, sino que por diversos caminos alcanza a otras posturas. Así, Ricoeur apunta que la crítica literaria ha llevado a cabo una transposición de esa distinción perteneciente al positivismo, hacia un vocabulario propiamente lingüístico. Este vocabulario expresa ahora la oposición sentido literal y sentido figurado con los conceptos de *denotación* y *connotación*, a los que he aludido en otra parte de este trabajo. Así, la primera, la denotación, coincide con la denominación de lenguaje cognoscitivo, mientras que la segunda, la connotación, con la naturaleza propia del lenguaje emotivo. De tal forma que para esta perspectiva, transpuesta desde el positivismo, sólo la denotación adquiere rango cognoscitivo porque su lugar radica en el “orden semántico” de designación. Entonces, si la connotación es extrasemántica lo es porque “consiste en un entramado de evocaciones emotivas, que carecen de valor cognoscitivo”.⁴⁵ Esto explica por qué el sentido figurado sea visto sólo como un agregado, más aún, como un obstáculo al trabajo

⁴⁵ Paul Ricoeur, *Teoría de la interpretación*, op. cit., p. 59.

del conocimiento, lo que para Blumenberg fue la equiparación del modo translaticio al modo *impropio* de hablar.

Conocer, desde este punto de vista, es un proceso continuo de superación del sentido figurado que se localiza en el ámbito general de los discursos emotivos. Lo que se encuentra en la base de esta discusión, finalmente, es la pretensión de distanciar el discurso científico, carente de sentido figurado o por lo menos controlado de manera lógica, del lenguaje literario, siendo éste el reino *per se* del sentido figurado. Es decir, literalidad *versus* figuración. Pero soporta lo anterior, además, otra transposición: lo *objetivo versus* lo *subjetivo*. De tal manera que lo objetivo, que como tal sólo tiene cabida en el discurso literal, es forma de designación directa de lo real por antonomasia, eso define epistémicamente la noción de objetividad, mientras que lo *subjetivo* pertenece por derecho propio a la significación, encontrándose ésta asociada al mundo de los valores y de lo emotivo según Blumenberg.

De ahí al modelo, seguido de manera acrítica por la epistemología tradicional, de una ciencia libre de valores porque sólo así encuentra su expresión objetiva, no hay más que un paso. De tal suerte que la distancia que media entre el sentido literal y el sentido figurado, entre lo denotativo y lo connotativo, y también entre lo objetivo y lo subjetivo, es, en suma, la misma distancia que establece la formulación epistémica rígida por la cual las ciencias, entre ellas la historia, encuentran dimensión cognitiva. La rigidez se muestra cuando se establece como obligación desalojar de su territorio todo rastro metafórico, cuando se prescribe echar fuera de la labor cognitiva la ambigüedad, los prejuicios y los supuestos implícitos de carácter subjetivo. Con ello se supone que queda el camino libre de obstáculos a la única modalidad reconocida como científica: decir lo real en términos de designación directa, o sea, conceptual.

Por tanto, la última transposición vendría a ser aquella que opone el conocimiento a la metáfora, donde la imposibilidad de encontrar su conexión radica en la imposibilidad referencial que, supuestamente, se desprende de la última. Entiendo el trabajo de Ricoeur y de Blumenberg, entonces, como un esfuerzo que se dirige a quitarle validez a esta clase de posturas, acercando la metáfora al conocimiento y a la filosofía a partir de la relación que guardan sus aspectos innovadores con la referencialidad que ella postula. No queriendo decir con esto que se igualen sin más dos planos que sin duda mantienen diferenciación, aunque no bajo los supuestos anteriormente descritos. Para Ricoeur hay en esto más bien *interanimación* entre modos diferentes de discurso porque su interés, entre otros, es defender la relativa

pluralidad que se presenta tanto en modos como en niveles discursivos.⁴⁶ El planteamiento anterior me sugiere la posibilidad, entiendo que legítima, de introducir al discurso historiográfico en el campo de atribuciones de la poética, siendo la función metafórica una de las funciones cruciales que tienen cabida en su seno porque afecta al plano general del discurso, por un lado, al tiempo que como espacio de inteligibilidad, el discurso se encuentra asociado a esferas prediscursivas entendidas como campos metafóricos, por otro.

De tal forma que la epistemología que puede ser aplicada al hecho discursivo de la historia, es decir, al campo objetivo que materializa al saber histórico, debe dar cuenta de las transformaciones poéticas que se producen en su interior y de las conexiones que tiene con los espacios culturales de sentido que gobiernan los rubros de lo pensable. Así es que, desmintiendo el juego de oposiciones que puede ser resumido en el enfrentamiento concepto *versus* metáfora, Ricoeur explicita que existe compenetración entre acto de creación y lógica de descubrimiento y lo que se revela en este punto es que la compenetración es posibilitada por el poder de la metáfora. Así, más que ser momentos antitéticos de una divergencia que tiene como objetivo asegurar la distancia que separa el trabajo de la imaginación del trabajo cognitivo de la ciencia, resultan ser al final factores coincidentes.⁴⁷

Concepto y metáfora en la escritura de la historia

Sobre esta coincidencia voy a plantear la cuestión de la escritura de la historia ya que sintetiza los tres aspectos que he destacado en el tratamiento de Ricoeur. Resulta ser una idea que puede ser conectada al acercamiento que realizó Michel de Certeau respecto del discurso historiográfico. Recordemos parte de su propuesta. Para De Certeau la esfera discursiva se presenta como una estructura desdoblada. Por una parte, un contenido (afirmaciones verdaderas sobre el pasado) que solicita la introducción de elementos conceptuales. A esto le denomina semantización, o sea, un sistema que posibilita inteligibilidad. Por la otra, la expansión de este sistema bajo la forma narrativa (narrati-

⁴⁶ "Sólo sobre la base de esta diferencia en el discurso, instaurada por el acto filosófico, pueden elaborarse las modalidades de interacción, o mejor, de interanimación, entre modos de discurso, requeridas por el trabajo de explicitación de la ontología que subyace a nuestra investigación." Paul Ricoeur, *La metáfora viva*, *op. cit.*, p. 338.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 325.

vización). En el modelo del discurso científico pareciera no haber disparidad entre la exigencia de verificabilidad de los enunciados (verdad empírica) y su expansión silogística. Pero en su discursividad la historia presenta disparidad pues pretende la expansión narrativa de contenidos verdaderos.⁴⁸ Es decir, combina elementos dispares en el interior mismo del discurso: lo que Ricoeur llama acto de creación (la narrativización en De Certeau) y el proceso de descubrimiento (la semantización).

Resulta ser análogo lo anterior con la siguiente característica del discurso historiográfico: a partir de los conceptos de los que se sirven los historiadores y deducidos desde los modelos (esto es, la interpretación de las generalizaciones simbólicas que introduce contenidos empíricos, según Kuhn), se construyen enunciados fácticos verificados documentalmente. Pero el conjunto discursivo no se compone sólo de enunciados fácticos; si fuera éste el caso la escritura de la historia tendería hacia el modelo de la escritura científica, es decir, enunciados verificados y expansión silogística. El problema de la verificación podría ser resuelto mostrando cómo cada enunciado se encuentra respaldado por fuentes históricas. En su escritura la historia introduce otro tipo de enunciados que cubren el rango completo del discurso. Más bien tendría que hablarse no de enunciados sino de marco narrativo y éste no puede ser verificado documentalmente aunque sí algunos de los enunciados presentes en el proceso de expansión.

Si la semantización conceptual tiene como rasgo central los enunciados fácticos susceptibles de verificación, la expansión narrativa supone la parte donde se desarrolla propiamente el trabajo interpretativo del historiador. Aquí es donde se presenta la función escriturística de *llenar lagunas* señalada por De Certeau, donde las lagunas son el espacio que dejan los enunciados fácticos y que son cubiertos con enunciados no falseables conceptualmente.⁴⁹ De ahí que se pueda afirmar

⁴⁸ "En el discurso 'lógico', el contenido, definido por el estadio de verdad (y/o de verificabilidad) que se puede asignar a los enunciados, implica entre ellos relaciones silogísticas (o 'legales') que determinan el modo de la expansión (inducción y deducción). El discurso histórico, en sí mismo, pretende dar un contenido verdadero (que depende de la verificabilidad), pero bajo la forma de una narración." Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, 2a. edición revisada, traducción de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, 1993, 334 p. (El Oficio de la Historia), p. 109.

⁴⁹ "Finalmente, para limitarnos a algunos ejemplos, la representación de la escritura es 'plena': llena o tapa las lagunas que constituyen, por el contrario, el principio mismo de la investigación, siempre agujijoneada por la carencia. Dicho de otro modo, por medio de un conjunto de figuras, de relatos y de nombres propios, la escritura vuelve *presente*, representa lo que la práctica capta como su límite, como excepción o como diferencia, como pasado." *Ibid.*, p. 102.

que esta estructura desdoblada, que combina elementos no homogéneos (heteróclitos), se define por la forma de la combinación entre proceso de descubrimiento y acto de creación, entre sistema conceptual y marco narrativo. Si bien esto es señal de la complejidad que preña a la escritura de la historia, es necesario señalar que es el marco narrativo el que se le impone al sistema conceptual. La narrativización tiene prioridad sobre la semantización: la incluye en un espacio semántico diferente cuyas reglas no pertenecen a los sistemas conceptuales, pero al someterla a la lógica temporal del relato se instituye propiamente al discurso historiográfico.

De tal modo que el marco narrativo construye las unidades que le dan *forma arquitectónica* al discurso erosionando, al mismo tiempo, el valor y la funcionalidad de los elementos conceptuales. Éstos deben adaptarse al marco narrativo y no a la inversa; y en el proceso adaptativo ocurren el desgaste de los sistemas conceptuales y la pérdida de su referencialidad primaria. Esta combinación entre sistemas conceptuales y marco narrativo no tiene lugar en la lógica de la investigación. La interanimación entre modalidades diferentes de discurso, cuestión que Ricoeur establece para explicar la diferencia entre discurso poético y discurso filosófico, funciona al interior de la escritura de la historia. Esto me parece fundamental. Lo que he denominado en el capítulo anterior *campo semántico* involucra, precisamente, los sistemas conceptuales que son integrados en el marco narrativo. Estos sistemas son derivados desde los modelos, el segundo componente de la matriz, lo que significa que se encuentran ya interpretados de manera empírica en el marco de los paradigmas.

Su expansión por medios narrativos se da como un trabajo literario, esto es, como desarrollo poético de elementos conceptuales. De ahí se sigue que literatura y concepto se relacionen de cierta manera al interior del discurso historiográfico. Por tanto, no son términos opuestos por fuera del discurso, de tal modo que él sea reducible ya sea a uno u otro. La escritura de la historia es, por tanto, más que literatura y más que sistema conceptual: es la reunión compleja de las dos instancias, aunque el privilegio recae en la construcción literaria de la trama. Por eso se explica la recurrencia de Michel de Certeau a la noción *entre dos*, entre ciencia y ficción literaria, que resume la mixtura discursiva del saber histórico. Ahora bien, la lógica que gobierna este discurso mixto (concepto y literatura) es de carácter metafórico. Metáfora, en este caso, no define una figura tropológica que actúa al nivel de los enunciados aislados. Es, más bien, un proceso de traslado de un género a otro: del sistema conceptual a la expansión narrativa.

La noción de proceso me parece que resulta, entonces, más adecuada que la utilización de la figura metafórica tomada desde los enunciados aislados. De acuerdo con Ricoeur, se trata de una cuestión semántica que afecta al conjunto discursivo y no de la metáfora aislada como fenómeno de sustitución. Queda claro, espero, que no existe sustitución en el discurso historiográfico de un sentido literal, aportado por los sistemas conceptuales, por un sentido figurado y dado por la expresión metafórica. Por supuesto esto existe al nivel del enunciado o frase. Pero lo que interesa es el discurso en el plano superior a la frase. La discusión sobre los aportes de Danto pueden ser indicativos al respecto. Danto introdujo un análisis sobre el enunciado narrativo y sobre la manera en que desde él los historiadores producen significación. Destacando el tipo de frases que utilizan los historiadores para hablar del pasado, Danto descubrió la unidad mínima de la estructura narrativa.

Ésta corresponde a las oraciones típicas de la historiografía que describen acontecimientos pasados en función de acontecimientos posteriores desconocidos por los agentes. La significación es una operación propia de la visión retrospectiva de intérpretes situados, donde los acontecimientos descritos resultan relevantes desde el futuro del pasado.⁵⁰ Pero esto es sólo una caracterización mínima de la escritura de la historia, puesto que el texto historiográfico es un espacio mucho más amplio y complejo que la simple secuencia de sus frases narrativas. De forma similar, apunta Ricoeur, la “narración no se reduce a un sumario de su propio aparato crítico (ya se entienda por esto su aparato conceptual o el documental)”.⁵¹ El punto central en esta discusión ha sido la noción de trama. En efecto, como secuencia de acciones y experiencias de los sujetos involucrados, la trama representa los cambios de situación a los que se ven enfrentados los personajes y que están orientados hacia la conclusión de la historia.

Por eso Ricoeur habla de que la capacidad de proseguir una historia consiste en comprender la acción sucesiva en cuanto orientada en una dirección particular. En esta discusión ha quedado claro que no resulta equiparable la significación aislada de una oración narrativa a la significación aportada por el discurso narrativo en su conjunto. Es posible reconducir el sentido de esta afirmación hacia la problemática de la metáfora en el discurso historiográfico. Presento, entonces, la siguiente consideración: así como no se confunden las fra-

⁵⁰ Arthur C. Danto, *Analytical philosophy of history*, New York, Cambridge University Press, 1965, 318 p., p. 143 y s.

⁵¹ Paul Ricoeur, *Tiempo y narración I*, op. cit., p. 248.

ses narrativas con el marco narrativo (trama), de la misma manera es necesario distinguir entre la figura de la metáfora y su función en el enunciado y la función metafórica que se presenta en el discurso en su conjunto. Si se toma a la primera como orientación analítica se adopta una perspectiva semiótica tal y como apuntó Ricoeur; en sentido inverso, al ubicarse en el plano discursivo lo que se requiere es un análisis de tipo semántico que va más allá de la operación sintagmática de la frase. Tomando esto en cuenta, la segunda función puede ser denominada *proceso metafórico*.

Esta función discursiva es la que involucra tanto el fenómeno de innovación semántica como la liberación de la referencialidad de segundo grado. Ambas cuestiones están ausentes en cuanto nos ubicamos sólo en el plano del enunciado metafórico. Ahora bien, como fenómeno de traslado, el proceso metafórico consiste en transferir los contenidos conceptuales expresados en enunciados fácticos (también pueden ser denominados constataivos) hacia el marco narrativo, es decir, hacia su expansión temporal por medio del relato. Es posible relacionar lo anterior con una formulación realizada por Hayden White y que va a contrapelo de su teoría tropológica. Para White existe un elemento de mediación entre los acontecimientos históricos identificados documentalmente y la configuración de estos acontecimientos en una trama.

Corresponde a la tradición literaria jugar el papel de mediación aludido, pero el vehículo que la pone en práctica es el proceso metafórico. Si tomamos las expresiones donde se delimitan los acontecimientos (enunciados constataivos), resulta evidente que carecen de significación por sí mismos, es decir, presentan un valor histórico neutral. Es la decisión de configurarlos de una manera o de otra la que los dota de valor o significación histórica. Si podemos considerar que el relato presenta un modelo verbal de acontecimientos, esto es sólo plausible en tanto no asumamos que el valor del modelo depende de cómo se adecua a los acontecimientos reales. Es en este marco donde White expresa lo siguiente:

Esto es lo que me conduce a pensar que las narraciones históricas no sólo son modelos de acontecimientos y procesos pasados, sino también argumentos metafóricos que sugieren una relación de similitud entre tales acontecimientos y proceso, y los tipos de relatos que usamos convencionalmente para dotar de significados culturalmente sancionados a los acontecimientos de nuestras vidas.⁵²

⁵² Hayden White, "El texto historiográfico como artefacto literario", *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, año 1, n. 2, p. 9-34, p. 19.

Este papel de mediación que juega el proceso metafórico White lo llama también metáfora *extendida*, de tal modo que explicita con esta noción el carácter amplio del fenómeno en el orden discursivo. Es una lógica simbólica, por tanto, la que permite el traslado del sistema conceptual al marco narrativo. La mediación metafórica introduce en el discurso la posibilidad de conectar los enunciados constataivos con imágenes de manera analógica y esto se expresa en el nivel narrativo.⁵³ Tomando en cuenta los términos que pone en comunicación, es decir, concepto y secuencia narrativa, lo propio de la trama consiste en mostrar: posibilita la perspectiva que ordena al relato, da unidad a los acontecimientos narrados. En este punto es necesario recordar que los sistemas conceptuales al nivel paradigmático han sido sometidos, previamente al proceso metafórico que se produce en el discurso, a un trabajo de derivación analógica desde las metáforas sintéticas.

Este proceso corresponde a las prácticas científicas que delimitan la investigación histórica. Por tanto existe proceso metafórico en la lógica de la investigación y en el orden de las representaciones discursivas de la historia. Aunque guardan relación, no es dable sostener que es el mismo proceso en uno y otro caso. Y lo que permite sostener cierta diferenciación es precisamente el plano narrativo en el que se mueve el proceso, cosa que no sucede en la lógica de investigación. Esto es importante dado que la investigación llega al punto sólo de permitir la formulación de enunciados constataivos o fácticos, mientras la narrativa supera el nivel simplemente descriptivo por medio de introducir una coherencia global que no se deduce de los acontecimientos. La orientación empírica de la investigación se concreta en el nivel informativo del discurso, pero el proceso metafórico que media en el marco narrativo supera este nivel con la coherencia global que aporta. Digamos que con la utilización de imágenes que ordenan la secuencia de acciones narradas.

Perspectiva e interpretación en el proceso metafórico

Mientras los sistemas conceptuales, deducidos desde los modelos operativos, tienden a distanciarse de las imágenes metaforizadas porque su función es descriptiva: los enunciados de los que están compuestos sólo pueden tener contenidos empíricos, esto es, fácticos. Pero el traslado metafórico que opera en el discurso sigue el proceso inverso:

⁵³ Alfonso Mendiola, *Retórica, comunicación y realidad*, op. cit., p. 281.

conecta conceptos con imágenes. Con ello se introduce el momento icónico de la metáfora señalado por Paul Ricoeur. La tensión entre el sentido literal que se alienta desde los sistemas conceptuales y el sentido figurado aportado por la trama narrativa es resuelta por medio del proceso metafórico. Y el papel central en esta resolución, más bien, en esta síntesis, le corresponde a la imagen. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la imagen es un producto verbal y si media entre los términos que operan en la tensión, la relación que inaugura se plantea analógicamente. De nueva cuenta White establece una precisión importante respecto del momento icónico de la metáfora extendida.

El efecto visual no consiste en presentar de manera inmediata la imagen de una cosa como identidad, es decir, no conecta la imagen de una cosa con un concepto que pueda describirla, más bien “da pautas para encontrar la serie de imágenes que se supone que están asociadas a la cosa”. Por tanto, no es un icono ni permite describir, bajo otra perspectiva, las cosas que representa, antes bien, nos permite orientarnos en el cúmulo de imágenes que ha fabricado “nuestra experiencia culturalmente codificada”.⁵⁴ La mediación metafórica puede caracterizarse en este punto desde la función heurística que cumple la imagen: nos ofrece guías para encontrar un conjunto visual en el ámbito de la experiencia histórica, conjunto con el cual introducimos coherencia en las acciones narradas. Estos conjuntos de imágenes son los que, por medio de las similitudes metafóricas, conectan los acontecimientos reales y descritos gracias a los enunciados constatativos con las estructuras convencionales del relato derivadas de la tradición literaria.

Precisamente, nos hacen *ver como*, es decir, establecen una perspectiva que da sentido al relato. Si el proceso metafórico entendido como traslado es el que permite superar la tensión inicial dada entre los sistemas conceptuales (contenido) y el marco narrativo (expansión), la introducción de la perspectiva actúa como síntesis, en primer lugar, y como innovación, en segundo. Como síntesis traslada los enunciados constatativos hacia su expansión narrativa, lo que supone desgaste de contenido empírico de los conceptos involucrados. Éste es el nivel de la tensión entre sentido literal y sentido figurado. La superación de la tensión inaugura el proceso de innovación semántica del discurso historiográfico. Aclaro esta situación tomando como núcleo el momento icónico. La suposición básica de la epistemología tradicional consistía en considerar que los enunciados fácticos (de ob-

⁵⁴ Hayden White, “El texto historiográfico como artefacto literario”, *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, año 1, n. 2, p. 9-34, p. 24.

servación) traducían la experiencia sensible del objeto. Se deducía de esta suposición que la traducción recuperaba conceptualmente la imagen del objeto en cuanto objeto.

De ahí el principio de identidad, pues tal imagen constituía la forma de identificar a ese objeto y no a otro. Por tanto era posible describir de manera exacta el mundo empírico por medio de enunciados de observación. Éste vendría a ser el momento icónico del sistema conceptual; la misma noción de observación (percepción) lo induce. Pero el saber histórico carece de este momento icónico del sistema conceptual. Sus enunciados fácticos se construyen no como traducción de experiencias sensibles sino desde el proceso de lectura de sus fuentes; sólo así puede identificar acontecimientos realmente sucedidos. Aún así, digamos que esta imagen estática de las cosas o de los acontecimientos se ve llevada al marco narrativo donde se dinamiza: esto es lo que hace el discurso historiográfico. Se ha dicho casi hasta el cansancio que el objetivo del saber histórico no se reduce a una descripción fiel de los acontecimientos del pasado, si por descripción entendemos el proceso de traducción de las experiencias sensibles.

Si ése fuera el caso con una crónica exhaustiva bastaría, asunto sabido desde Danto. Ahora bien, la dinamización tiene lugar en el marco narrativo. Es el traslado metafórico el que introduce los enunciados constativos en el relato. En otras palabras, lleva las imágenes estáticas a un medio diferente que les da movimiento, las sintetiza de manera narrativa. No sustituye una imagen por otra, sino que articula unas, las estáticas, con otras series de imágenes que se entresacan, siguiendo a White, de la tradición cultural. El efecto final, el momento de la innovación, tiene lugar cuando la narrativa les da coherencia, las integra de manera significativa. Metáfora y narración nos muestran los acontecimientos integrados en una secuencia, nos hacen ver por qué establecen una perspectiva, no de las cosas, no de los acontecimientos reales, sino de los acontecimientos integrados narrativamente. Si se tratara de descripción podríamos llegar a un punto cercano a la situación ideal, a la descripción total de algo, pero la perspectiva señala que podemos ver de formas diferentes una misma cosa o un mismo conjunto de acontecimientos.

De manera apropiada se puede afirmar que los acontecimientos históricos son tales sólo cuando se narran, es decir, cuando se miran desde cierta perspectiva.⁵⁵ Establecer una perspectiva es interpretar.

⁵⁵ “La única objeción que podría formularse contra esta sugerencia historicista es que esta unidad y esta cohesión no yacen en el pasado en sí y, por tanto, el historiador no puede

El valor de la interpretación, para Ankersmit, se encuentra en la forma por la cual una interpretación posibilita otra visión de los mismos acontecimientos, y en ese sentido se puede hablar de innovación. Para este autor no cabe duda alguna de que la narración no puede ser tomada de manera literal, esto es, como enunciados descriptivos que nos conectan con la realidad pasada, sino como unidad que libera nuevas significaciones. Ankersmit utiliza la noción de *sustancia narrativa* para demostrar su aserto. La define como el conjunto de declaraciones que al unirse encarnan una representación del pasado. Con esta definición la sustancia narrativa se acerca a la noción de marco narrativo que he utilizado. Si tomamos del conjunto sólo las declaraciones individuales de las que está compuesta la sustancia narrativa, el resultado consiste en que las valoramos de manera referencial.

Pero no interesa al historiador la verdad de las declaraciones sino la forma en la que se combinan narrativamente.⁵⁶ Podemos tener dos interpretaciones históricas sobre la revolución mexicana, por ejemplo. Ambas se componen de las mismas o parecidas declaraciones individuales, de tal modo que no está en cuestión la verdad de esas declaraciones; se puede dar por descontado que todas son verdaderas en términos documentales. El problema radica en la interpretación que cada una presenta, es decir, en el valor de la perspectiva que proponen. Esta problemática me conduce hacia la referencialidad que libera el proceso metafórico. Tomando el mismo ejemplo, es notorio que la validez de las interpretaciones no puede medirse con los criterios que se aplican a las declaraciones individuales. Por tanto, la pregunta es: ¿cuáles criterios intervienen en la valoración de las interpretaciones? La erosión de los sistemas conceptuales implica que el contenido que aportan como descripción, como sistemas de enunciados fácticos se ve neutralizado, esto es, se derrumba el sentido literal de las frases.

La narración, por tanto, tiene el efecto de hacer desaparecer la referencialidad primaria; y este efecto conduce hacia el reconocimiento de la materialidad de la sustancia narrativa; según Ankersmit, hacia la autorreferencialidad de la narración o de la representación histó-

'descubrir las', como si siempre hubieran estado ahí. El historiador *da* esta unidad y cohesión al pasado por medio de sus propuestas narrativas respecto de cómo debe verse el pasado. La unidad y la cohesión no son propiedades del pasado, sino de la narración histórica que se propone para interpretar el pasado." F. R. Ankersmit, *Historia y topología. Ascenso y caída de la metáfora*, traducción de Ricardo Martín Rubio Ruiz, México, Fondo de Cultura Económica, 2004, 470 p., p. 185.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 223 y s.

rica.⁵⁷ Para Ricoeur es éste el momento poético en el que el texto rompe su relación con el mundo, o sea, la suspensión de la referencia. En tanto que la unidad y la coherencia narrativa producen una perspectiva, cuyo vehículo central es el proceso metafórico, libera una referencialidad de segundo grado. Se puede decir que vuelve a conectar el texto al mundo pero en la esfera de la recepción, en palabras de Ricoeur, levanta la suspensión referencial. Gracias al influjo del proceso metafórico, la erosión conceptual permite reorganizar la visión de las cosas, es decir, redescubrir de otra manera los acontecimientos incluidos en una narración. Pero la pregunta sigue en pie: ¿con qué criterios se evalúan las interpretaciones que producen los historiadores?

Estos criterios deben ser tales que se dirijan al conjunto narrativo, al marco o sustancia narrativa, y deben estar en consonancia con la referencialidad de segundo orden. Esto sienta una diferencia respecto de los criterios disciplinarios con los que se evalúan los modelos, pero es una diferencia que no alcanza al componente paradigmático (ejemplos estándar). En el segundo capítulo consideré que el proceso de falseación propio de la investigación histórica se centra en los modelos operativos. Es una evaluación sobre el carácter sintético de los sistemas conceptuales. Cuando se aplican los modelos a una base documental la evaluación deja ver sus límites o sus desviaciones, lo que permite introducir correcciones en los modelos: modificación de los principios de elección, sobre el tratamiento de las fuentes, determinaciones estadísticas, etcétera. Se entiende que esta forma de evaluación se desarrolla en la lógica de la investigación y por tanto los criterios operan de forma metódica.

La validación disciplinaria de la escritura de la historia

Pero la validación del marco narrativo no acepta ni la evaluación sintética de los sistemas conceptuales ni se reduce al nivel metódico, aunque cabe hacer notar que en uno y otro caso la validación es atribución historiográfica, o más bien, son factores que intervienen en la funda-

⁵⁷ "El efecto de estas michohistorias es, por tanto, hacer que la historiografía sólo sea representativa de sí misma; poseen una capacidad autorreferencial muy similar a los medios de expresión que emplean los pintores modernos importantes. Igual que en la pintura moderna, el objetivo ya no es insinuar una 'realidad' detrás de la representación, sino absorber la 'realidad' en la representación misma." *Ibid.*, p. 241.

mentación del saber histórico, si se toma en cuenta la expansión en las atribuciones de la historiografía. Por tanto, no se pueden validar los enunciados como enunciados sintéticos, pero sí se validan la síntesis y la innovación de la estructura narrativa desde los marcos paradigmáticos. Es decir, la referencialidad de segundo grado que se libera por el proceso metafórico está en relación con el paradigma. En este nivel se especifican los modos adecuados para una comunidad científica de formular problemas así como los cauces para resolverlos. Pero en el caso del saber histórico, además de esto, se presenta la evaluación de los resultados discursivos en dos grandes rubros: criterios formales de construcción discursiva y criterios que miden la pertinencia del marco narrativo.

Los criterios formales corresponden a los procedimientos escriturísticos que dotan de autoridad al discurso. De Certeau alude a esto cuando afirma que el discurso de la historia consiste, en buena parte, en una labor de *recomposición textual*. Una serie de elementos desagregados o fragmentados, obtenidos por la investigación histórica, se conjugan en la estructura del texto. De estos criterios formales depende, en buena medida, que el paso de la semantización a la narrativización no vacíe totalmente de seriedad científica al discurso. De Certeau se refiere a dispositivos discursivos tales como la cita, el aparato crítico, las notas, etcétera. Introdúcen un cierto efecto de lo real al hacer pasar un enunciado como acreditado de manera referencial, aunque en realidad su autoridad depende de lo ya dicho, por eso es un procedimiento discursivo. Estos elementos formales remiten al lugar institucional.⁵⁸ Aquí los criterios miden cómo se produce esa recomposición textual y, por tanto, son el requisito mínimo que debe cumplir la escritura de la historia pues la muestran como escritura acreditada.

A éstos se les añaden los criterios con los que se validan la síntesis y la innovación semántica del marco narrativo. En cuanto al primer elemento, la síntesis, ésta se dirige hacia la coherencia que logra instaurar la narración y valora cómo se han integrado los acontecimientos en aquélla. Vuelve explícita la manera por la cual se pasa de la fragmentación de los enunciados fácticos a la síntesis narrativa, de la semantización a la narrativización. En este paso, la coherencia debe

⁵⁸ “En este juego, la descomposición del material (por análisis o división) tiene siempre como condición de posibilidad y como límite la *unicidad* de una recomposición textual. El lenguaje citado desempeña el encargo de acreditar el discurso: como es referencial, introduce cierto efecto de lo real; y por su fragmentación, nos remite discretamente a un lugar de autoridad.” Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, op. cit., p. 110.

ser tal que no inhiba los elementos formales, sino que los integre en una visión de conjunto con la menor pérdida de contenido empírico o sintético, aunque tal contenido ya no está en función sólo de la acreditación documental, sino del conjunto. Establece, por tanto, un mínimo de concordancia entre los enunciados fácticos y su expansión temporal de carácter narrativo. Asegura con ello que la síntesis no es meramente un producto arbitrario y cuyo resultado, la innovación, debe estar en relación con el valor de la síntesis.

Pero ya no se trata de concordancia mínima entre los enunciados fácticos (que, concedamos, son verdaderos) con la trama narrativa cuando interviene la validación de la interpretación. En la innovación no se requiere enfocar la coherencia de la síntesis, sino de lo que continúa a partir de ella, esto es, la perspectiva que se propone como interpretación. La visión que propone un discurso historiográfico particular entra, necesariamente, en un trabajo de comparación con otros discursos que pertenecen al mismo campo paradigmático. El valor de la interpretación que un historiador ofrece sobre la revolución mexicana se mide desde un conjunto de interpretaciones previas sobre la revolución mexicana. Ankersmit, cuando discute con White respecto de las formas por las cuales es posible distinguir entre interpretaciones satisfactorias e insatisfactorias, señala que esos criterios dependen de la historiografía. La discusión entre historiadores que se adscriben a un mismo paradigma es el origen de esos criterios de distinción.⁵⁹

Por supuesto que existe debate entre historiadores sobre los dos aspectos que he indicado, síntesis e innovación, pero, siguiendo en este punto a Ankersmit, el acento en la discusión historiográfica entre historiadores se pone en la interpretación ofrecida y no tanto en los criterios formales o en los enunciados fácticos validados documentalmente, salvo si se ofrecen nuevos datos o informaciones sobre un mismo tema. Le llama la atención esto dado que, desde la epistemología tradicional, se buscó ligar la disciplina histórica con la ciencia por medio de la descripción y la explicación de los acontecimientos históricos. Resulta que hay más analogía entre la interpretación histórica y la formación de teorías en las ciencias empíricas, puesto que en estas últimas tiene un papel central el debate entre científicos, y no

⁵⁹ “Fuera de estos conjuntos, no hay criterios interesantes, generales o específicos, para una certidumbre y una validez interpretativa. Es obvio que yo haya repetido aquí, desde una perspectiva diferente, el rechazo rortyano ya conocido del fundacionalismo epistemológico. La historiografía es en sí la fuente de sus propias certidumbres interpretativas y no el resultado de la aplicación de algún conjunto previamente dado de tales certidumbres.” F. R. Ankersmit, *Historia y tropología*, op. cit., p. 147.

tanto depende la analogía de los criterios de objetividad de los enunciados.⁶⁰ Ahora bien, lo que es materia de discusión es la propuesta interpretativa, la perspectiva propiamente dicha que ofrece el historiador. Esta forma de ver el pasado se contrasta con las maneras que se han formulado previamente de ver ese pasado.

Una interpretación particular sobre la revolución mexicana es comparada con las interpretaciones previas sobre el tema, por eso es una contrastación que opera paradigmáticamente con los criterios de ese paradigma y no de otro. Por tanto, ¿cuál es el objeto de la comparación? No la síntesis sino la perspectiva, y esto en el sentido de innovación. La valoración de la interpretación no está en función de la originalidad, por ejemplo en el tratamiento de fuentes, en los aspectos metódicos o en la configuración. Todos estos elementos se conjugan posibilitando la interpretación, pero ésta no se reduce a aquéllos. Su relación directa es con la discusión historiográfica misma, pero no con el fin de resolverla definitivamente, como cierre último; su objetivo es continuarla. De ahí que el valor de la perspectiva consista en que, postulando otra forma de ver al pasado, potencie y desarrolle la discusión historiográfica. Ankersmit cita una frase de Jonathan Culler para ilustrar esta especie de recursividad que impulsa la perspectiva: “Paradójicamente, mientras más poderosa y autorizada es una interpretación, más textos genera”.⁶¹

Si entendemos la innovación como propuesta de otra forma de ver el pasado, entonces ella genera más discusión, más investigación histórica y más textos historiográficos. El valor de la interpretación se revela cuando se contrasta con otras interpretaciones, cuando impulsa una nueva visión respecto de aquéllas y, finalmente, cuando influye en la continuación de la labor de interpretación. La discusión historiográfica dentro de un paradigma sanciona este procedimiento de expansión comunicativa. Pero para Ankersmit tal procedimiento es característicamente intertextual: se produce desde la forma en que un texto, es decir, una interpretación, se conecta con otras interpretaciones. Me parece que la relación intertextual tiene cabida en la esfera de la recomposición y en la de la síntesis narrativa, pero no necesariamente en la discusión historiográfica, pues la interpretación se instituye en la esfera de recepción del texto historiográfico: en la innovación no se valora el texto sino la interpretación recibida en el ámbito del diálogo entre historiadores que comparten un mismo paradigma.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 148.

⁶¹ *Ibid.*, p. 324.

Se sigue de ahí que el conjunto de interpretaciones históricas que circulan dentro de un paradigma necesariamente son observadas como construcciones particulares. Encuentro aquí una conexión del saber histórico con la problemática contemporánea de la observación desarrollada por el constructivismo y las teorías cognitivas. No voy a desarrollar los aportes de estas corrientes pues sólo me interesa destacar la conexión aludida. He apuntado que la referencia de segundo grado se encuentra en relación con los marcos paradigmáticos, lo que quiere decir que tales construcciones son valoradas como observaciones de segundo orden. La observación de primer orden, en tanto refiere a algo en el mundo, es un proceso que ignora los criterios con los cuales opera como observación. Para observar algo es necesario establecer una distinción gracias a la cual podemos ver, pero lo que no podemos ver es la distinción que utilizamos para ver. Por su lado, la valoración historiográfica de las construcciones busca hacer explícitos los criterios de esa operación de observación. Habrá que agregar que el concepto de observación introducido no está en relación con la capacidad perceptiva de los individuos, sino con el proceso de una operación dada desde un subsistema específico.

Ello explica por qué la innovación no se refiere a los aportes en cuanto a información y datos sobre el pasado contenidos en las interpretaciones (observación de primer orden). Por el contrario, la innovación surge de la interpretación como perspectiva, de su papel como elemento de recursividad, es decir, se encuentra relacionada con la posibilidad de continuar la discusión historiográfica. Puesto que cada construcción particular es una propuesta de cómo debe observarse el pasado, se entiende que como tal se tematiza al interior de la comunidad de historiadores. Por tanto, la valoración historiográfica de la innovación actúa como observación de observaciones (observación de segundo orden).⁶² Si la historiografía, en este punto, es una forma reflexiva que se cuestiona sobre cómo observa un historiador particular el pasado, introduce un efecto historizante en la valoración, pues para observar observaciones se debe, como afirma Mendiola, situar cada interpretación de forma histórica, es decir, las trata de manera contingente.

⁶² “¿Por qué la ciencia de la historia es una ciencia que observa observaciones sobre el pasado? Porque siempre está obligada a *situar* lo que se dice del pasado, es decir, destaca los esquemas de distinción que permiten ver lo que se dice de él. La historiografía no se pregunta por el qué de lo que se ve, sino por el cómo es que se ve lo que se ve.” Alfonso Mendiola, “El giro historiográfico: la observación de observaciones del pasado”, *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, año 8, n. 15, 2000, p. 181-208, p. 191.

En este sentido, su papel es autorreferencial y no heterorreferencial.⁶³ En tanto autorreferencial, la historiografía busca garantizar lo más posible la reproducción del paradigma y esto sólo lo puede lograr tematizando la interpretación o la construcción como acto de comunicación. Así, la reproducción paradigmática consiste en continuar la comunicación dentro del grupo. Esto es, la recursividad que ha sido señalada por Ankersmit. El proceso de validación de las interpretaciones historiadoras inhibe la posibilidad de llegar a un cierre en la discusión y el diálogo historiográfico, puesto que la operación de investigación requiere de la reproducción de los paradigmas (a menos que se trate de su sustitución) y es la continuación de la discusión historiográfica la que permite la reproducción paradigmática. La heterorreferencia, al tematizar sólo la parte informativa de las interpretaciones no sólo no permite la reproducción paradigmática, sino que incluso la impide. En otras palabras, el objeto de la historia en el ámbito de las representaciones no consiste en expresar discursivamente conocimientos verdaderos sobre el pasado, sino en alentar la continuación de la comunicación historiográfica. Innovación y referencia son nociones, por tanto, que no deben ser interpretadas como novedad informativa y como conocimiento objetivo. Por una parte, la recursividad es la forma en que se reproduce el paradigma, y por ende, la comunidad de historiadores que lo comparten. Por la otra, la referencia sólo es posible en el marco paradigmático como acto de comunicación.

En suma, el proceso metafórico es central en el funcionamiento discursivo del saber histórico. Permite el paso de un género a otro, de la semantización a la narrativización. Ello supera la simple oposición entre ciencia y literatura, entre acto de creación y lógica de descubrimiento. Delimita, entonces, el rasgo central de la escritura de la historia: la combinación de géneros. La síntesis que posibilita el nivel narrativo explica la forma de la interpretación historiadora. El *hacer ver* de la interpretación, momento icónico del proceso metafórico, es su resultado y éste se plasma como efecto de recursividad que pro-

⁶³ “La *autorreferencia* tematiza el acto de comunicar, mientras que la *heterorreferencia* la información. Esta distinción, insisto, sólo se puede hacer desde la comunicación, y no independientemente de ella. La *autorreferencia* nos permite preguntar por qué tal persona dijo tal cosa, pero en la comunicación ese alguien no se refiere al sistema psíquico del que habla, sino a una construcción social o comunicativa. El que habla es alguien que ya se ha socializado, ya que el yo que habla está configurado por la red de interrelaciones en la que ha participado. La *heterorreferencia* se refiere a aquello de lo que se habla, es decir, la información de la comunicación.” Alfonso Mendiola, “Las tecnologías de la comunicación. De la racionalidad oral a la racionalidad impresa”, *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, año 9, n. 18, 2002, p. 11-38, p. 31.

mueve la reproducción paradigmática. He trabajado, entonces, desde dos vertientes el proceso metafórico: en la lógica de la investigación histórica y en el plano discursivo por medio del cual presenta sus resultados. Si bien existe una inversión escriturística del proceso de investigación, ello no quiere decir separación absoluta de una esfera respecto de la otra.

Superando la inversión que supone la escritura, emerge una suerte de circularidad entre escritura e investigación: la investigación, como proceso de falseación metódica, debe ser expresada con los recursos aportados por la literatura, mientras que la recursividad que alienta la interpretación promueve nuevas investigaciones, nuevos procesos de falseación metódica. Al descubrir que sus representaciones sobre el pasado dependen de este tipo de criterios disciplinarios, es decir, dependen del saber histórico mismo, la disciplina alcanzó su *cierre cognitivo*. Su condición estaba dada cuando en el siglo XIX fue posible describir el *cierre operativo* que la definió frente a otras formas de saber,⁶⁴ proceso abordado en los capítulos anteriores. Agregó que este trabajo ha buscado presentarse como un ejercicio de autodescripción de tal circularidad, tomando como eje central el proceso metafórico. La autodescripción de la disciplina histórica es la manera por la cual discutir hoy su fundamentación teórica, lo que ha supuesto un cambio de orientación en el pensamiento epistemológico. No se ha buscado rebajar sus cualidades como ciencia, sino delimitar éstas desde su naturaleza interpretativa.

La metáfora nos da la oportunidad de corregir las desmedidas expectativas de objetivación que desde el siglo XIX han definido los ejercicios de descripción de la historia. El cambio de orientación ha consistido, por tanto, en revalorar el plano de la significación y de la expresividad que tienen cabida en el trabajo cognitivo de los historiadores. Y la metáfora, aun cuando pueda significar para la historia

⁶⁴ “Esta clausura es la condición de posibilidad de que la historia se autoobserve y de que, al elaborarse textos a partir de esa autoobservación, también se autodescriba. Esta segunda observación de la historiografía se produjo en el siglo XIX y principios del XX como una observación externa a ella misma. Tal reflexión de la ciencia de la historia se hizo desde la filosofía: buscaba los fundamentos del conocimiento histórico desde presupuestos no históricos. La historia como sistema cognitivo se encontraba en la etapa de su ‘cierre operativo’. El giro historiográfico expresa el momento en que la ciencia de la historia observa su observación en términos históricos. Eso significa que la historia sabe, a partir de ese momento, que ella es la que produce descripciones del pasado. De ese modo la historia como sistema alcanzó su ‘cierre cognitivo’.” Alfonso Mendiola, “La inestabilidad de lo real en la ciencia de la historia: ¿argumentativa y/o narrativa?”, *Historia y Grafía*, México, Universidad Iberoamericana, año 12, n. 24, 2005, p. 97-127, p. 117.

rebajamiento de objetividad en el orden de sus representaciones y de su práctica científica, es la que la posibilita a ir *más allá*, como ha señalado Paul Ricoeur. En efecto, es *meta-fora*, y como tal impulsa a la historia a *pensar más allá* de la pura y simple descripción, es decir, como redescrición. “La metáfora no es viva sólo en cuanto vivifica un lenguaje constituido. Sí lo es en cuanto inscribe el impulso de la imaginación en un ‘pensar más’ a nivel del concepto. Es esta lucha por el ‘pensar más’, bajo la dirección del ‘principio vivificante’, la que es el ‘alma’ de la interpretación.”⁶⁵

⁶⁵ Paul Ricoeur, *La metáfora viva*, op. cit., p. 400.